

ANDRÉS MANUEL
LÓPEZ OBRADOR

★ OYE, ★
TRUMP

PROPUESTAS Y ACCIONES EN DEFENSA
DE LOS MIGRANTES EN ESTADOS UNIDOS



PRÓLOGO DE
PEDRO MIGUEL
EPÍLOGO DE
ELENA PONIAKOWSKA

 Planeta

ANDRÉS MANUEL
LÓPEZ OBRADOR

★ OYE, ★
TRUMP

PRÓLOGO DE
PEDRO MIGUEL

EPÍLOGO DE
ELENA PONIATOWSKA

 Planeta

Índice

Introducción

Prólogo

Génesis de un Estado pollero

Pedro Miguel

I. La noche de la elección

II. El primer día de gobierno de Trump

III. Bendita migración

IV. Sin migrantes no hay progreso

V. Nuestro proyecto de desarrollo

VI. El muro de la muerte

VII. Nueva York y la libertad

VIII. El silencio cómplice del gobierno
de Peña Nieto

IX. El gobierno de Estados Unidos:
candil de la calle y oscuridad de la casa

X. Los refugiados de la violencia

Epílogo

Los migrantes, motor de crecimiento de un país

Elena Poniatowska

Acerca del autor

Créditos

Introducción

Aunque seguimos con atención el proceso electoral que se llevó a cabo en Estados Unidos en 2016, por apego a los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos fuimos respetuosos con los asuntos de política interna de ese país, y las pocas veces que opinamos lo hicimos sin inmiscuirnos en ellos y sin tomar partido por ninguno de los bandos en contienda.

Pero hay cosas que no pueden pasar inadvertidas. Recuerdo que Donald Trump, al anunciar su candidatura el 16 de junio de 2015, exclamó: “Cuando México envía a su gente, no envía a los mejores. No te envían a ti. Mandan gente que tiene muchos problemas y ellos nos traen esos problemas. Ellos traen drogas, traen delincuencia, son violadores”.

Desde entonces nos preguntamos si no comprendía el fondo del fenómeno migratorio o si estaba recurriendo a la demagogia, porque México no “envía” a nadie a Estados Unidos; ocurre que millones de personas han dejado nuestro país para intentar ganarse la vida mediante el trabajo honrado en la nación vecina. La mayoría se ha ido para mejorar su situación económica, y no pocos son refugiados que han huido de la violencia que impera en el territorio nacional.

Una vez que pasaron las elecciones, y cuando la amenaza del aspirante republicano se hizo gobierno, decidimos actuar. Sabíamos que Enrique Peña Nieto no cumpliría con su obligación de representar a México con dignidad y que no sería capaz de asumir la defensa firme de los migrantes, como en efecto ocurrió.

Se hacía necesario, pues, tomar la iniciativa ante una postura extranjera agresiva y amenazante que había pasado de las frases de campaña a la práctica gubernamental. La primera acción en este sentido fue participar en un mitin, el 20 de enero, día de la toma de posesión de Donald Trump, en la ciudad fronteriza de Acuña, Coahuila. Posteriormente, en un periodo de casi dos meses, del 5 de febrero al 28 de marzo, hicimos una gira y celebramos reuniones públicas en Los Ángeles, Chicago, El Paso, Phoenix, Nueva York, Washington, San Francisco y Laredo.

Como parte de esa movilización se hizo entrega de una carta de protesta a la Organización de las Naciones Unidas, además de una denuncia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos por el empeño del ya presidente Trump de construir un muro en la frontera entre México y Estados Unidos y de perseguir a

trabajadores migrantes.

Además de los encuentros con nuestros paisanos y migrantes latinoamericanos, en el recorrido tuvimos oportunidad de entrevistarnos con dirigentes sociales, comunicadores, empresarios y banqueros de Estados Unidos. Todavía tengo presente que uno de estos últimos, en Nueva York, en una cena-reunión en la Sociedad de las Américas, se refirió a la revisión del Tratado de Libre Comercio y de sus tiempos, y sostuvo que era más conveniente emprender las negociaciones correspondientes después de la elección presidencial en México porque, según sus contundentes palabras, Peña estaba muy debilitado, no tenía autoridad moral ni política y podría “vender México a Estados Unidos”.

Exista o no ese riesgo, sea real o exagerado ese punto de vista, lo cierto es que en Estados Unidos hay muchas personas preocupadas por el tema de las relaciones con su vecino del sur. La inquietud se agradece. Coincide, de hecho, con nuestro criterio de que debemos dedicar más tiempo a esclarecer la naturaleza real del flujo migratorio, así como la de la relación bilateral ante sectores de la población estadounidense que carecen de información y son víctimas tanto de la manipulación política como de la campaña de odio desatada en contra de mexicanos y migrantes.

Este es el tema, y otros relacionados con él, de los que nos ocupamos en esta recopilación de discursos que decidimos compartir con ustedes. Se trata de lo esencial que escribimos, esgrimiendo argumentos en defensa de los migrantes y de México.

Agradezco los datos aportados y las reflexiones sobre economía y comercio de Rogelio Ramírez de la O, así como las ideas que compartió conmigo, y el trabajo de revisión de textos de Pedro Miguel. También reconozco la sincera solidaridad del padre Alejandro Solalinde, quien nos acompañó a Los Ángeles, y de Elenita Poniatowska, que estuvo con nosotros en Laredo, donde leyó el escrito que aparece como epílogo en este pequeño pero significativo libro.

Andrés Manuel López Obrador

Prólogo

I. Génesis de un Estado pollero

Aunque los lineamientos de la escuela neoliberal empezaron a filtrarse en México desde el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), no fue sino a partir del 1 de diciembre de 1988 que se convirtieron en asumido ejercicio de gobierno. La receta económica había sido ensayada primero por la dictadura de Augusto Pinochet en Chile (1973-1990) y luego por los gobiernos de Margaret Thatcher en Gran Bretaña (1979-1990) y Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989). Al igual que en esos casos, el modelo se aplicó en nuestro país con un propósito fundamental: la concentración de la riqueza nacional en pequeñas oligarquías políticas, empresariales y mediáticas. Los instrumentos explícitos para lograrlo serían la inserción de la economía en los procesos de globalización y libre comercio, y la reducción de la injerencia del Estado en todos los ámbitos de la vida nacional. Un tercero, implícito, habría de ser la instauración de un nuevo modelo de corrupción en el que las raterías de los servidores públicos pasaron de ser aventuras personales y se convirtieron en un saqueo sistemático, regular y casi industrial del erario.

Era claro que la demolición de las políticas desarrollistas, de los mecanismos de redistribución del ingreso y de las estrategias de bienestar social no podría ser obra de un solo sexenio, sino que requería un control permanente e indefinido del poder público. A falta de un pacto social capaz de aceptar y sostener en el largo plazo semejante modelo, se fue conformando un acuerdo de cúpulas para aplicar por etapas la receta neoliberal. Los puntos básicos de dicho acuerdo fueron el apego incondicional de los participantes a los lineamientos del llamado Consenso de Washington (1989), el acceso paulatino al poder para las formaciones políticas que se comprometieran a acatarlo y la impunidad perdurable garantizada para los principales responsables de su aplicación, toda vez que aplicarla requería cometer acciones delictivas de diversa magnitud.

La inserción de la economía mexicana en la globalidad requería que el país generara productos de exportación competitivos en los mercados internacionales. Esa necesidad planteaba un dilema, porque la apertura comercial conllevaría, inevitablemente, la rápida destrucción de la industria nacional, edificada en décadas anteriores sobre los endeblecimientos de un férreo proteccionismo. Era, en su mayor parte, una industria ineficiente y obsoleta que debía su existencia al mercado cautivo y estaba, por lo tanto, condenada a

perecer en cuanto los productos de importación hicieran su arribo. Los subsidios gubernamentales al agro eran, en la lógica del nuevo paradigma económico, una práctica herética que debía erradicarse, de modo que tampoco se podía contar con ese sector como carta fuerte en el entorno global. Por el contrario, el campo, aún más que la industria, estaba destinado a sufrir un gravísimo descalabro con la inminente apertura. Salvo por los hidrocarburos –por entonces bajo el control total del Estado– y las drogas –que son ilegales– el país no tenía mucho que ofrecer a los mercados mundiales.

Espontánea o deliberada, la solución al dilema resultó de una perversidad impecable: México podía exportar a su propia población y venderla como fuerza de trabajo en el siempre ávido mercado laboral de Estados Unidos. El vaciamiento del campo generado por las reformas al artículo 27 constitucional (1992), por las nuevas políticas de apertura comercial y, específicamente, por los efectos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (firmadas en diciembre de 1992 y vigentes desde el 1 de enero de 1994), fue arrojando a millones de personas fuera de sus tierras. Tanto el gobierno de Salinas, como los que siguieron, actuaron a sabiendas de que las políticas aplicadas hacían inviable la vida en el agro, pero ninguno de ellos se preocupó por crear horizontes de vida para los expulsados, quienes experimentaron de golpe una triple pérdida: la de su fuente de trabajo, su vivienda y sus redes de apoyo. No hubo para ellos una política específica de generación de empleos, un programa habitacional emergente ni una expansión de los servicios educativos y de salud. Mientras que la Comisión Mexicana de Atención a Refugiados (COMAR) realizaba en el sur del país una labor espléndida y paradigmática con los desplazados por las guerras centroamericanas, el gobierno dejaba libradas a su suerte a las víctimas mexicanas de algo que debió ser considerado una catástrofe humanitaria en regla.

Los destinos principales de los expulsados del campo fueron las ciudades mexicanas –en donde la mayor parte buscó acomodo en cualquier modalidad de la economía informal– y el territorio estadounidense. Por añadidura, el estancamiento económico característico de los gobiernos del ciclo neoliberal incorporó la emigración de ciudadanos a la tradicional migración campesina. Aunque las fuentes difieren, según la Comisión Nacional de Población, entre 1980 y 1990 la emigración a Estados Unidos se duplicó: de 2 199 000 pasó a 4 447 000. Una década más tarde los mexicanos de nacimiento en el país vecino eran ya casi nueve millones (una tercera parte de ellos, indocumentados), y en las administraciones de Vicente Fox y de Felipe Calderón se incrementaron a razón de 373 000 al año, en promedio (fuente: Conapo). La tendencia empezó a revertirse en 2008, no porque el calderonato hubiese mejorado la situación económica interna, sino porque la estadounidense empeoró bruscamente con la crisis de ese año.

Dicho sea de paso, esta crisis humanitaria, jamás reconocida como tal por el gobierno mexicano, tuvo un impacto inocultable en el crecimiento de la criminalidad en general,

en el descontrol de la violencia y en el pavoroso fenómeno de la constitución de la delincuencia organizada como un sector más de la economía, considerando la cantidad de empleos que genera y el volumen de divisas que mueve. La inseguridad y la disolución del Estado de derecho en extensas regiones del país se convirtieron, a la postre, en factores de expulsión de población adicionales a la economía.

Otra modalidad de la venta de personas fue la instalación de franjas maquiladoras en las cuales la industria extranjera puede abastecerse de mano de obra local a precios irrisorios y, en muchos casos, ofreciendo condiciones laborales no muy distintas de la esclavitud. La actividad maquiladora se encuentra más bien inserta en los procesos de producción extranjeros, principalmente estadounidenses, y debiera estar considerada entre los segmentos más competitivos del país vecino. En cambio, deja magras derramas en la economía local. La emigración, en cambio, se ha convertido en una de las principales fuentes de divisas para México, toda vez que las remesas que los migrantes envían a familiares pasaron de 5 000 millones de dólares en 1990 a 23 000 millones de dólares en 2006, y alcanzaron un máximo histórico de 26 970 millones de dólares en 2016, cifra ligeramente superior a la de la inversión extranjera directa, de 26 738 millones de dólares (Banxico). Un dato al margen: mientras los inversionistas corporativos son recibidos con alfombra roja en Los Pinos y en los despachos de los gobernadores, los trabajadores mexicanos que vuelven de Estados Unidos –por deportación o por gusto– suelen tener como bienvenida las extorsiones policiales y, en el mejor de los casos, la indiferencia disfrazada con programas de ayuda que generalmente se quedan en la fase de la folletería y carteles.

Las contribuciones de los migrantes mexicanos por nacimiento a la economía del país vecino han aumentado, entre 1994 y 2010, de 228 000 a 586 000 millones de dólares. En ese mismo lapso, la población de origen mexicano (migrantes de primera generación más sus descendientes nacidos en Estados Unidos) ha pasado de aportar 5.1% del Producto Interno Bruto a 8.3% (Delgado Wise y Gaspar Olvera: “¿Quién subsidia a quién?”, 2012).

En los ramos agrícola, industrial y de servicios, la producción estadounidense recibe, en los hechos, un formidable subsidio en la forma de mano de obra barata (más barata cuanto más perseguida), que le permite mantener su competitividad ante Europa y Asia. De modo que las legislaciones migratorias del país vecino constituyen un acto de hipocresía porque, si se aplicaran al pie de la letra, no solo significarían un brusco descenso en la competitividad de su economía, sino también una súbita y pronunciada contracción de su mercado interno. La persecución de los trabajadores indocumentados es, en realidad, una válvula que se opera en forma discrecional y a conveniencia para regular el abasto de mano de obra de acuerdo con las necesidades coyunturales de la patronal.

2. De la integración al sometimiento

Si la forma en la que autoridades y empresas de Estados Unidos operan ante el fenómeno migratorio resulta un ejemplo de doble moral y falta de escrúpulos, qué puede decirse de los gobiernos mexicanos que no solo han convertido el tráfico de personas en política de Estado, sino también en pieza clave y regular de la inserción del país en la economía global. Durante casi tres décadas los sucesivos gobiernos han sido, con sus políticas económicas y su actitud sumisa ante Washington, los principales polleros del país.

Más allá de la conversión de segmentos enteros de la población en producto de exportación, la globalización desarrollada por las élites neoliberales no fue tal, en realidad se trató de una simple integración supeditada a la economía de Estados Unidos, país que ocupa, por mucho, el primer sitio en nuestros intercambios comerciales con el exterior. Y dada la evidente asimetría, la anexión de la economía mexicana por su vecino ha tenido un correlato devastador para la independencia y la soberanía nacionales. La dependencia económica llevó al incremento de la inferioridad tecnológica, el sometimiento político, la supeditación estratégica y hasta el vasallaje cultural. Los márgenes de acción independiente de las autoridades nacionales se han reducido, en estas tres décadas, hasta el punto actual en el que la Casa Blanca tiene al presidente de México en el bolsillo.

El 1 de septiembre de 2006, cuando faltaban días para que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación legitimara el fraude cometido entre el 2 y el 3 de julio de aquel año para poner a Felipe Calderón por encima de Andrés Manuel López Obrador en el número de votos recibidos, Tony Garza, el entonces embajador de Estados Unidos en México, informó a Washington que la instancia judicial estaba a punto de dar por buena la distorsión de la voluntad popular; señaló que era urgente que el gobierno de Estados Unidos se involucrara para sacar al michoacano de la “situación difícil” en que se encontraba, y adelantó: “Un equipo de la misión bajo mi cargo se involucrará activamente con el equipo de transición de Calderón para promover y hacer progresar las áreas que son prioritarias para nosotros” (Wikileaks, cable 06 MEXICO4937). Años más tarde se supo que cuando Calderón se mantenía en Los Pinos, el servidor de correos de la Presidencia fue *hackeado* “por años” por la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, como lo reveló *Der Spiegel* en octubre de 2013 con base en información extraída de la NSA por Edward Snowden.

Con ese par de datos en la mente, no es difícil entender que el régimen instaurado en 2006 se comportara en forma tan servil hacia Washington y tan traicionera hacia su propio país, al grado de que, en febrero de 2007, Genaro García Luna, el secretario de Seguridad Pública, ofreció a Michael Chertoff, el secretario de Seguridad Interior

estadunidense, “libre acceso a nuestra información de inteligencia en seguridad pública” (cable Wikileaks 07MEXICO983), y de que el propio Calderón dio al gobierno del país vecino manga ancha para diseñar la política de seguridad, como lo prueba el hecho de que en 2010 la embajada estadounidense estaba estrechamente involucrada en el retiro del ejército de Ciudad Juárez y su reemplazo por la Policía Federal, operación de la que no estaban enterados el entonces gobernador chihuahuense José Reyes Baeza ni el exalcalde de esa ciudad, José Reyes Ferriz (Wikileaks 09MEXICO3468, 10MEXICO518 y 09MEXICO3468).

Hace unos años, cuando Enrique Peña Nieto aún gobernaba el Estado de México, le pregunté a un contacto de la llamada “comunidad de inteligencia” del país vecino si el espionaje gringo tenía información comprometedor para el que estaba siendo fabricado como candidato presidencial. *A file this big* (“un expediente de este tamaño”), me respondió, al mismo tiempo que separaba medio metro las palmas de las manos. “Pero no la quieren para joderlo, sino para protegerlo”, agregó, y ya no le pregunté más. Pero en septiembre de 2013, cuando Peña ya estaba instalado en Los Pinos, recordé aquel intercambio. Un documento interno de la NSA, también obtenido por Snowden y difundido en esa fecha por Glenn Greenwald, daba cuenta de un operativo de espionaje que puso en las manos de esa dependencia 85 489 mensajes de texto del propio Peña y de sus más estrechos colaboradores.

La mano de la embajada estadounidense estuvo presente en el diseño de la privatización del sector energético que Calderón pretendió imponer en 2008, y que se frustró casi en su totalidad debido a la movilización social y popular y a la fractura que el grupo gobernante exhibió durante el proceso (Wikileaks 09MEXICO3222_a y 09MEXICO2440_a). En 2015, el periodista Steve Horn dio a conocer correos electrónicos que dejaron al descubierto la participación de Hillary Clinton, la exsecretaria de Estado, y de varios de sus subordinados en la formulación de ambas propuestas privatizadoras –la calderonista y la peñista–, e incluso en la redacción de algunas de las mentiras que el gobierno de Peña esgrimió como parte de su campaña propagandística para darle aires de legitimidad a su reforma energética.

En materia migratoria los sucesivos gobiernos mexicanos no solo no han cumplido su deber de defender a los connacionales que trabajan en Estados Unidos –ni a los que laboran en las plantas maquiladoras en territorio nacional, en las que la Ley Federal del Trabajo es letra muerta– sino que han asumido la función de guardianes migratorios subrogados para impedir que los migrantes procedentes de Centro y Sudamérica, del Caribe, Asia y África lleguen a pisar territorio del país vecino. Con ese propósito, el Ejecutivo federal ha hecho concesiones impresentables, hasta permitir que agentes migratorios del vecino del norte operen de manera desembozada en nuestra frontera sur, y ha endurecido sus directrices migratorias al grado que, en abril de 2017, la Comisión

Nacional de Derechos Humanos le reclamó la incongruencia de abogar en el discurso por los mexicanos en Estados Unidos y maltratar, en los hechos, a los centroamericanos en México (*La Jornada*, 21 de abril de 2017, p. 10).

3. Una bancarrota llamada Trump

Después de tres décadas de progresiva integración subordinada de la economía mexicana a la estadounidense, de sometimiento creciente a los dictados de Washington y de entrega a la Casa Blanca y a los capitales transnacionales de facultades y potestades que la Constitución proclama exclusivas del Poder Ejecutivo mexicano, es comprensible que la oligarquía política-mediática-empresarial no pueda concebir un Estado soberano e independiente.

Ese grupo dominante trató, a veces con éxito, de contagiar su visión al resto de la sociedad. El más somero repaso de la historia de México a partir de su independencia de España indica que la principal amenaza a la seguridad nacional ha procedido, casi invariablemente, de Washington. Entre los países que han sufrido agresiones militares por parte de Estados Unidos, el nuestro es el que las ha padecido en mayor número a lo largo de su historia. El vecino le arrebató *manu militari* una extensa porción de territorio y no ha cejado nunca en su empeño intervencionista. Sería descabellado, desde luego, tomar estos hechos como fundamento de una actitud revanchista, pero es llanamente estúpido no tenerlos siempre en la mente a la hora de formular la política exterior, en general, y la bilateral, en particular. Hasta el sexenio de Miguel de la Madrid la diplomacia mexicana buscaba establecer contrapesos diplomáticos a las tropelías estadounidenses en América Latina y ensayaba, con dispareja suerte, posturas de no alineación en los asuntos mundiales. Pero de Salinas en adelante la sumisión ha avanzado hasta hacerse prácticamente total. Desde entonces, los gobernantes y sus propagandistas mediáticos se gastaron las palmas de las manos en el aplauso a la apertura comercial y la modernización globalizadora, y denostaron con todos los adjetivos a su alcance las reivindicaciones de la soberanía nacional, las propuestas de un desarrollo independiente y las posturas nacionalistas “obsoletas” y hasta “reaccionarias”. En esos 30 años el discurso oficial y el extraoficial buscaron persuadir a la sociedad mexicana de que el poder imperial de al lado era nuestro “amigo”, nuestro “socio”, nuestro “aliado” y nuestro “buen vecino”, ignorando que Washington tal vez podría ser esas cuatro cosas, pero a condición de que la autoridad mexicana ejerciera la soberanía, defendiera la independencia y se comportara con un mínimo de dignidad.

Pero no. Los “amigos”, “socios”, “aliados” y “buenos vecinos” se volvieron un factor determinante de la gobernabilidad, y hace ya muchos años que ameritan otro adjetivo: protectores –del grupo oligárquico–. “Es para protegerlo, no para joderlo”, me había platicado mi contacto de la comunidad de inteligencia.

Así pues, la política económica y la política a secas instauradas en los gobiernos del ciclo neoliberal no tienen un “plan B”, alternativo a la integración supeditada, y la realidad hace impensable un regreso al estadio anterior: cuando México tenía autosuficiencia alimentaria, una industria ineficiente pero nacional, un mercado interno digno de ese nombre, recurso a la soberanía y posturas propias en el terreno internacional.

Con sus reformas estructurales el peñato inauguró una nueva fase de la dependencia y, en 2016, se aprestaba a dar un paso más en la entrega del país a los intereses extranjeros: la firma del Acuerdo Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés), instrumento internacional que, de haberse concretado, habría mutilado al poder institucional de facultades esenciales en materia de legislación y formulación de políticas públicas, y habría reducido en forma catastrófica la jurisdicción de los tribunales nacionales. Y los hombres del régimen seguían pensando que pronto pasaría la infortunada coyuntura que constituyó la caída de los precios del petróleo y que la venta de los recursos naturales y de lo que queda de la industria energética les aportarían succulentos flujos de dinero fresco.

Cuando el candidato Donald Trump empezó a alzar el vuelo en las encuestas, el equipo presidencial o, concretamente, Luis Videgaray, quien por ese entonces era secretario de Hacienda y vicepresidente informal (lo sigue siendo), se percató del peligro que se cernía, no sobre México y su gente, sino sobre el programa económico oligárquico y sobre los intereses del grupo en el poder. Y esa capacidad para percibir alertas tempranas se tradujo en una decisión catastrófica: por si sí, o por si no, había que congraciarse con el energúmeno que amenazaba con construir un muro en la frontera común, con echar a todos los mexicanos indocumentados –e incluso a los documentados– y con cancelar de un golpe seco el comercio bilateral. Se tomó la decisión de invitar a Trump a México –la invitación paralela a Hillary Clinton fue vista por todo el mundo como una mera formalidad para cubrir las apariencias–, se le dio trato de jefe de Estado, se evidenció en cadena nacional el pavor del gobernante mexicano ante el rubicundo candidato republicano y ello provocó uno de los peores desastres políticos del peñato. Buena parte de la oligarquía, azuzada por los intelectuales, esos ideólogos orgánicos del poder que en esa ocasión trocaron el aplauso regular por el denuesto destemplado, empezó a ver a Peña como una figura sacrificable en la que el régimen podría depositar todos sus pasivos y sus miserias a fin de enfrentar con la cara lavada la elección de 2018. Y con ello, la figura del de Atlacomulco alcanzó una sima de

debilidad e impopularidad acaso sin precedentes en la historia del país.

No le quedó al régimen más remedio que aferrarse al clavo ardiente de una victoria de la aspirante presidencial demócrata, la cual, para colmo, había sido ofendida con el agasajo presidencial a su competidor y con la insólita intromisión en el proceso electoral estadounidense. La tarde del 8 de noviembre los hombres y las mujeres del régimen cruzaban los dedos de las manos y de los pies esperando una victoria de Hillary que nunca llegó, y conforme en el país vecino avanzaba el conteo de los votos, fueron comprendiendo que se habían quedado sin proyecto histórico.

Llegó de golpe a la cúspide institucional de aquel gobierno “amigo”, “buen vecino”, “socio” y “aliado” un individuo que proclamaba sin asomo de modales su desprecio racista a los mexicanos, que prometía echar de su país a los trabajadores de esa nacionalidad, que amenazaba con construir una barda infranqueable a todo lo largo de la frontera común, que amagaba con una agresión militar en caso de que México se negara a pagarla, que sostenía en público que los intercambios comerciales con nuestro país eran desastrosos y el TLC, el peor acuerdo comercial jamás firmado por Estados Unidos y que, encima, no disimulaba su desdén hacia los gobernantes mexicanos sobre los cuales la Casa Blanca posee abundante información comprometedor. La victoria electoral de Trump, en suma, dejó a la oligarquía nacional sin contenidos políticos y económicos, sin rumbo y sin idea posible del futuro.

De entonces a la fecha, mientras que sus antiguos amigos de los medios ensayan la manera de deslindarse del peñato, este se ha limitado a vegetar, a aprovechar al máximo la ventana de tiempo que le queda para aplicarse en la consumación de negocios impresentables y a comportarse con abyección creciente ante el nuevo huésped de la Casa Blanca. Echado de la Secretaría de Hacienda tras el desfiguro de la visita del candidato Trump, y reciclado como canciller en vísperas de su toma de posesión como presidente, Videgaray se ha vuelto el único conducto del gobierno nacional ante Washington y, después de varias humillaciones públicas asestadas por el presidente estadounidense a su homólogo mexicano, acordó con sus contrapartes que todas las pláticas se llevarían a cabo en secreto. Es decir, la sociedad mexicana no tiene idea de las concesiones, cesiones y claudicaciones que el peñato está realizando ante los “amigos” ni qué cláusulas ignominiosas está firmando a cambio de una renovación del contrato tácito de protección.

Mientras más se afana por congraciarse con Trump, más bajo cae Peña por la pendiente del desprecio nacional. El amigo de quien se asumió nuestro enemigo –señala la implacable lógica popular– no puede ser nuestro amigo. La circunstancia podría calificarse como justicia histórica (o divina, si así lo prefieren), y hasta resultar jocosa de no ser porque el país se encuentra inerme y en una condición de extrema vulnerabilidad política y económica. En lo inmediato, su sector más desprotegido y amenazado es esa

población que fue “exportada” a Estados Unidos, y que desde enero de 2017 ha sufrido la intensificación de las redadas y deportaciones, el endurecimiento del trato y una acentuada criminalización: a juicio de Trump y de sus subordinados, una multa de tránsito es suficiente para considerar que un trabajador extranjero posee “antecedentes criminales” y volverlo candidato a la cárcel y a la deportación. Así, los expulsados de los primeros periodos neoliberales podrían ser víctimas de una nueva expulsión, pero esta vez en dirección contraria, hacia un país que sigue sin estar preparado para recibirlos.

Más allá de este peligro inminente y acuciante, la inocultable abyección ante la Casa Blanca, el rosario de ineptitudes, corruptelas y canalladas perpetradas por el peñato en sus primeros cuatro años, así como el consiguiente repudio social y popular a su figura principal impiden que la Presidencia opere en esta coyuntura como polo de una unidad nacional, necesaria y urgente, ante la incertidumbre procedente del norte, el deplorable estado de la economía, la inseguridad rampante y un escenario internacional convulso y alterado. Por si hubiera hecho falta comprobarla, esa incapacidad se puso de manifiesto el 12 de febrero, cuando se llevaron a cabo dos concentraciones que tenían como propósito –explícito, en un caso, embozado, en el otro– repudiar a Trump sin repudiar a Peña. La asistencia fue escuálida en ambas y de todos modos no hubo manera de impedir que se colaran consignas en contra del segundo. De paso, las élites de opinión que durante décadas han amortiguado la desaprobación social a los gobernantes constataron la marcada erosión de su capacidad de convocatoria.

En lo fundamental, México es un país agredido y vapuleado, carente de una autoridad formal capaz de asumir la dignidad nacional. Sigue habiendo gobierno para vender a precios de remate pedazos del territorio nacional, para operar los mecanismos fraudulentos de perpetuación del poder oligárquico, para entregar al país y para reprimir al pueblo, pero no hay en el ámbito del poder formal nadie con autoridad y credibilidad capaz de salir en su defensa.

4. La respuesta de AMLO

A las nueve de la noche del 8 de noviembre, cuando el mapa estadounidense se empezaba a teñir del rojo republicano en detrimento del azul demócrata en la presentación de resultados electorales, Andrés Manuel López Obrador emitió, por medio de las redes sociales, un mensaje en video en el que llamó a la calma a los mexicanos –a los migrantes en primer lugar, pero también a empresarios e inversionistas, enfatizó– y recordó un dato que parecía sepultado bajo 30 años de entreguismo y supeditación: México ostenta

el estatuto de país libre y soberano, y no de colonia; recriminó a la oligarquía su indebida intromisión en el proceso electoral estadounidense, exhortó a la unidad y apeló a la independencia nacional como un recurso de tranquilidad: “No va a haber problemas mayores; no hay nada que temer”. El video alcanzó casi dos millones de reproducciones en Facebook, más de medio millón en YouTube y obligó a muchos de quienes lo vieron a pasar, independientemente de sus filias y sus fobias políticas, del pánico a la reflexión.

En los días posteriores, el presidente nacional de Morena prosiguió su trabajo organizativo y proselitista habitual por varias entidades, tomó vacaciones decembrinas en Tabasco –allí recibió la visita de Jeremy Corbin, el líder del Partido Laborista británico–, en enero retomó sus tareas de cara a los procesos electorales de 2017 en Coahuila, Nayarit, el Estado de México y Veracruz, y el 19 anunció que al día siguiente viajaría a Ciudad Acuña y a Piedras Negras, Coahuila, para fijar su postura, a unos metros de la frontera, ante la toma de posesión de Trump.

Buena parte del mundo vivió el ingreso formal del magnate republicano a la Casa Blanca como una pesadilla hecha realidad. En aquel escenario de desconcierto, zozobra, pánico y enojo planetarios, en el que México no solo no era la excepción, sino uno de los países más cimbrados por el hecho, López Obrador propuso al gobierno de Peña un plan de diez puntos para hacer frente a la hostilidad procedente de Washington y anunció que, por su parte, emprendería una gira por varias ciudades del país vecino con el propósito de solidarizarse con los migrantes –mexicanos o no–, los principales amenazados por la presidencia trumpista.

Este libro recopila los mensajes formulados por el dirigente entre ese 20 de enero y el 28 de marzo en reuniones con migrantes, académicos, activistas, informadores, empresarios y ciudadanos en general en Los Ángeles, Chicago, El Paso, Phoenix, Nueva York, San Francisco y Laredo, así como la carta enviada a Andrew Gilmour, secretario general adjunto de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y titular de la Oficina del Alto Comisionado para Derechos Humanos, en la que el político mexicano instó al organismo internacional a intervenir en defensa de los migrantes amenazados. Asimismo, López Obrador viajó a Washington D.C. para presentar una denuncia contra el gobierno estadounidense ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos, documento respaldado por casi 12 000 firmas de mexicanos y de estadounidenses.

En las ciudades que visitó, López Obrador abordó diversos aspectos de la situación de los migrantes, reflexionó sobre la condición de los trabajadores extranjeros y presentó a sus audiencias el plan de solidaridad de Morena para con ellos:

1. La difusión entre la población estadounidense de las realidades sobre el fenómeno migratorio, a fin de sensibilizarla, generar empatía hacia los trabajadores extranjeros y

contrarrestar la campaña de odio promovida desde la presidencia de Estados Unidos.

2. La integración de comités cívicos de defensa de migrantes en distintas ciudades estadounidenses.

3. El establecimiento de centros de asesoría jurídica en las principales ciudades fronterizas de México a fin de asistir a migrantes afectados por procesos judiciales y deportaciones.

4. La distribución en territorio estadounidense del periódico *Regeneración*, en versiones en inglés y español.

5. La presentación de la ya referida denuncia ante la CIDH y del mensaje al alto comisionado de la ONU para Derechos Humanos.

Entre la visita de López Obrador a Coahuila (20 de enero) y su viaje a Los Ángeles (12 de febrero) se anunció que Peña Nieto iría a Washington para sostener un encuentro con Trump. Para sorpresa de muchos, el tabasqueño, en el curso de una gira por el Estado de México, pidió a la ciudadanía que apoyara al gobernante mexicano porque, independientemente de las diferencias, dijo, “tenemos que hacer un frente para la unidad nacional en defensa de los migrantes, los trabajadores, los empresarios y los intereses nacionales”. En contraparte, pidió a Peña que pusiera sobre la mesa la agenda de los intereses nacionales y que se condujera con firmeza, claridad y decisión ante su interlocutor. A la postre, el apoyo fue innecesario porque el ocupante de Los Pinos cayó en una enésima trampa de Trump, quien horas antes del encuentro programado, tuiteó que si Peña no iba con la disposición de pagar por la construcción del muro fronterizo, sería mejor suspender la reunión. Atrapado en su propia pusilanimidad, el de Atlacomulco se vio obligado a anunciar a toda prisa –antes de recibir una *desinvitación* abierta y clara– la cancelación de su viaje.

No faltaron las críticas acerbas al presidente de Morena por lo que pareció un súbito y brusco viraje político. Algunos incluso lo interpretaron como una claudicación inadmisibile y pocos cayeron en la cuenta de que el mensaje conllevaba los términos de un respaldo condicionado a un cambio igualmente drástico en las posturas entreguistas y obsecuentes de Peña Nieto ante el poder estadounidense.

Es pertinente considerar, por lo demás, que la llegada del magnate neoyorquino a la Casa Blanca alteró muchas cosas en el mundo, entre las que se cuenta el haber dislocado de manera inexorable las premisas del juego político mexicano. Antes de ese suceso la oligarquía respiraba con relativa tranquilidad porque daba por hecho que la perpetuación del modelo neoliberal supeditado a Estados Unidos dependía exclusivamente de su propia permanencia en el poder. El acuerdo y el respaldo de Washington no eran vistos como un dato variable, sino como una constante, y se daba por hecho que, a pesar de sus insuficiencias y aspectos impresentables, Peña seguiría

ejerciendo irremediabilmente hasta fines de 2018 la jefatura en la aplicación del modelo; la certeza y la resignación se desmoronaron tras la catastrófica invitación de Los Pinos a Trump, y el aislamiento del presidente se incrementó tras la asunción del republicano. Este hecho obligó a muchos, que hasta entonces respaldaban el modelo, a darse cuenta de su inviabilidad y, peor, de la incapacidad de los mandos políticos para sustituirlo y formular, en una situación de emergencia, políticas alternativas (en efecto, desde el 20 de enero hasta los primeros días de mayo, cuando escribo estas notas, el peñato sigue comportándose, con pasmo total y por inercia, como si en Washington no hubiera ocurrido nada extraordinario y como si Trump fuera una Hillary Clinton con dos grados más de tosquedad y mal humor).

Ello ha llevado a numerosas personas que estaban en y con el régimen oligárquico a voltear a las propuestas lopezobradoristas, las únicas que plantean un ejercicio de gobierno nacional diferente y mucho más acorde con la era de Trump: generación de empleos, fortalecimiento del mercado interno, reactivación del agro, erradicación de la corrupción, avance hacia la autosuficiencia alimentaria, recuperación de los recursos naturales del país, impulso a la educación, fortalecimiento de la soberanía nacional y rehabilitación de los viejos principios de la política exterior que tan buenos resultados diplomáticos brindaron a México.

Hasta principios de noviembre de 2016, el Movimiento de Regeneración Nacional se planteaba, por su parte, la construcción de un frente popular de carácter antioligárquico con movimientos, organizaciones y causas sociales, a fin de enfrentar a la oligarquía y a sus franquicias partidistas que eran, para decirlo rápido, todas las demás. Pero la victoria republicana en la elección presidencial de Estados Unidos introdujo en la vida nacional un amago múltiple: la posibilidad concreta de una suspensión unilateral del TLC por parte de Washington, la cual podría significar la pérdida de tres millones de puestos de trabajo en el país y la expulsión en masa de trabajadores migrantes del territorio estadounidense; lo que colocaría al Estado mexicano en la obligación de crear empleos, viviendas y servicios básicos para otros millones de deportados. Podría revivir la pesadilla de las expulsiones masivas creada por la implantación del modelo neoliberal, pero con la película al revés y en un tiempo mucho más concentrado: el regreso de los expulsados.

Tal horizonte, que amenaza a todo el país, independientemente de posturas políticas e ideológicas y situaciones socioeconómicas, obliga a ensayar la construcción de un nuevo polo de unidad nacional y avanzar en la conformación de un nuevo pacto social que reemplace el pacto de cúpulas que permitió la implantación del modelo neoliberal supeditado a Estados Unidos. Esas son, me parece, las reflexiones que llevan a concluir la inoperancia del frente popular que Morena y su presidente nacional habían concebido originalmente como instrumento de formación de una mayoría de cara a la elección presidencial de 2018, y a moverse hacia la construcción de un frente amplio en el que

tengan cabida sectores e individuos que han tomado distancia del régimen y que son necesarios en la conformación de un consenso mucho más amplio y trascendente que una mera mayoría electoral. El advenimiento de Trump ha destruido un paradigma gubernamental de 30 años, el regreso al pasado del desarrollo estabilizador es simplemente imposible, por lo que resulta urgente formular una propuesta integral de país para los años venideros. Tal es el sentido del Acuerdo Político de Unidad por la Prosperidad y el Renacimiento de México, y de la conformación de un grupo de trabajo encargado de poner al día y armonizar con las nuevas circunstancias el proyecto de nación que el actual presidente de Morena ha venido proponiendo desde 2004. Ese es el sentido de las incorporaciones de personalidades del ámbito empresarial y de políticos procedentes de otros partidos a la plataforma que habrá de disputar el poder a la declinante oligarquía en 2018.

López Obrador fue a Estados Unidos para llevar expresiones de solidaridad, empatía y afecto, así como comunicar medidas concretas de apoyo a los connacionales y a los migrantes de todas las nacionalidades que habitan y construyen ese México del norte, que es, al margen de reivindicaciones territoriales, parte de nuestra nación. Y además explicó el empeño actual de su partido y del acuerdo de unidad que agrupa a muchos otros componentes. Es algo así:

Independientemente de lo que el presidente estadounidense logre o no logre hacer, y de lo que pueda o no cumplir de su catálogo, México no debe seguir siendo un exportador de población ni volver a exponer a millones de sus hijos a los arrebatos de un demagogo racista. Urge crear condiciones de vida dignas que permitan anclar a la gente a sus lugares de origen o residencia, y constreñir el fenómeno de la migración a decisiones personales y voluntarias, eliminando los factores –desempleo, pobreza, inviabilidad de las actividades agropecuarias, inseguridad y violencia– que hoy en día siguen forzando a centenares de miles a abandonar el país o la región donde viven.

Además, el Estado mexicano tiene ante sí la obligación moral e histórica de ofrecer condiciones dignas para el retorno a los expulsados del pasado, y será decisión de cada uno volver al terruño o proseguir con una vida ya hecha en Estados Unidos.

Asimismo, el país debe saldar la deuda contraída con más de la mitad de su población, que en estas tres décadas ha sido mantenida en una pobreza lacerante mientras una docena de mexicanos rompe la barrera de los mil millones de dólares, requisito indispensable para figurar en la lista de Forbes. Y debe poner al servicio de la población el billón de pesos que cada año desaparece en el agujero negro de la corrupción.

Para diseñar y aplicar las políticas públicas que permitan cumplir con éxito esos objetivos se requiere el consenso y el acuerdo de la mayoría, y la mayoría es heterogénea: obreros y campesinos, cooperativistas y empresarios, mujeres y niños, ancianos y jóvenes, pueblos originarios y ciudadanos de la clase media, profesionistas y burócratas, políticos profesionales y activistas sociales, protestantes y ateos, católicos y animistas, hetero y homo y bi y transexuales, militares y estudiantes, policías y abarroteros, panaderos y contadores. Es necesario un pacto que destierre las opresiones, las marginaciones y las discriminaciones, y restablezca el sentido del país como una máquina para convivir; es necesario dejar atrás este México neoliberal transformado en un espacio doliente y espinoso en el que se insta a competir, aplastar, anular, saquear y matar, y

que dejó sin país a millones de mexicanos. Hoy se requiere el trabajo de todos los que nos quedamos para crear las condiciones en las cuales, tras pedir perdón por no haber evitado el éxodo, podamos decir a esos expatriados: “Con Trump o sin Trump, regresen cuando quieran. Son bienvenidos y aquí hay trabajo y pan y techo y escuela y hospital y paz para ustedes”.

Pedro Miguel

Mayo de 2017



I. La noche de la elección

Mensaje al pueblo de México por el resultado de las elecciones en Estados Unidos (video)

Considero importante en estos momentos –las nueve de la noche– transmitir este mensaje a todos los mexicanos, en primer lugar a los trabajadores migrantes, a sus familiares, a todo el pueblo de México; incluyo a empresarios e inversionistas de nuestro país:

No hay motivo de preocupación con el resultado de las elecciones en Estados Unidos. No hay que olvidar que México, por el esfuerzo y sacrificio de los padres de nuestra patria, es un país libre, independiente y soberano, no una colonia, ni un protectorado; no depende de ningún gobierno extranjero. Hay que tener calma, tranquilidad; considero que fue un error de los integrantes de la mafia del poder en México tomar partido; se olvidaron del principio de no intervención y de la autodeterminación de los pueblos. De todas maneras, ante cualquier circunstancia, vamos a estar unidos.

Llamo a todos los mexicanos a la serenidad. Tenemos que salir adelante; no va a haber problemas mayores, se los aseguro, porque vamos a hacer valer nuestro derecho a la soberanía, esté quien esté en el gobierno de Estados Unidos.

Repito: México es un país libre, independiente, soberano.

Sin balandronadas, sin protagonismos, vamos a hacer valer el principio a nuestra independencia y el derecho a nuestra soberanía.

No hay nada que temer. Vamos adelante.



II. El primer día de gobierno de Trump

Ciudad Acuña, Coahuila, 20 de enero de 2017

Hoy, Donald Trump, en su toma de posesión como presidente de Estados Unidos, menos agitado y directo que en otras ocasiones, volvió a lanzarse contra los que considera extranjeros, de adentro y de afuera de su país.

Lamento el inicio de esta incómoda realidad y no descarto la posibilidad de que rectifique por el bien de las dos naciones.

Es nuestro deber tratar de persuadirlo, de convencerlo, pero al mismo tiempo nos asiste el derecho de crear las condiciones para hacerlo entrar en razón.

Antes de las elecciones en Estados Unidos fuimos muy prudentes y no nos pronunciamos a favor de ningún candidato o partido, nos ceñimos al principio de la no intervención y de la autodeterminación de los pueblos, pero, ahora, no podemos consentir que como política de Estado se pretenda atentar contra la dignidad y los intereses legítimos de los mexicanos y de la nación.

Lo expresado por el presidente Trump, en su mensaje de hace unas horas, significa todo un retroceso en la política exterior de Estados Unidos y una vulgar amenaza a los derechos humanos.

Cómo olvidar que hace un siglo el presidente Woodrow Wilson fue el árbitro

principal de las negociaciones de paz luego de la Primera Guerra Mundial europea. Él fue el creador de la Sociedad de Naciones, principal antecedente de la ONU, para buscar la hermandad entre los pueblos y resolver las controversias a través del acuerdo y no por la imposición y la fuerza.

Cómo hacer a un lado, como se propuso en Washington el día de hoy, los cuatro derechos humanos fundamentales proclamados en 1941 por el presidente Franklin Delano Roosevelt:

1. Derecho a la libertad de palabra
2. Derecho a la libertad de cultos
3. Derecho a vivir libres de miseria
4. Derecho a vivir libres de temor.

Cómo convertir, de la noche a la mañana, al país de la fraternidad para con los migrantes del mundo en un gueto, en un espacio cerrado, donde se estigmatiza, se maltrata, se persigue, se expulsa y se le cancela el derecho a la justicia a quienes buscan con esfuerzo y trabajo vivir libres de miseria. ¿Dónde queda la fraternidad universal?

Con base en estas consideraciones es que actuaremos en defensa de los derechos humanos de nuestros paisanos y de todos los migrantes del mundo. Esto implica la oposición a la creación del muro, a las deportaciones y a la toma de decisiones unilaterales y prepotentes en materia de libre comercio.

Este será nuestro plan de acción ante la amenaza vertida el día de hoy:

1. Se propondrá a Enrique Peña Nieto que hoy mismo solicite una reunión urgente con el presidente de Estados Unidos, para hacer valer los derechos humanos y conducir y atender personalmente este asunto de interés nacional.

2. Convertir los consulados de México en Estados Unidos en procuradurías de la defensa de los migrantes.

3. Basta de pasividad. Hay que tomar la iniciativa, y ante la amenaza y el manejo perverso de la política de la incertidumbre, fijar una postura con claridad, sin titubeos ni medias tintas. Tenemos derecho a poner nosotros la agenda sobre la mesa. No se trata de responder a la prepotencia con balandronadas, tampoco de enfrentarse con Sansón a las patadas o de aplicar la bella y conmovedora historia de David contra Goliat. Es sencillamente ejercer con orgullo nuestra soberanía y actuar con arrojo y determinación.

4. En ejercicio pleno de nuestra independencia debe ponerse en práctica un plan de emergencia nacional para enfrentar los daños y revertir la política proteccionista anunciada por Donald Trump.

5. Este plan debe contemplar, entre otras medidas, el apoyo a la producción nacional,

la creación de empleos en México y el fortalecimiento del mercado interno; la reactivación de la industria de la construcción; la utilización del sector energético como palanca del desarrollo nacional, la construcción de refinerías para no comprar las gasolinas y otros combustibles en el extranjero. También hay que rescatar el campo y apoyar a los productores; deben fijarse precios de garantía para los cultivos y alimentos básicos (maíz, frijol, arroz, trigo, leche, huevo, pollo, carne de res, entre otros). Todo lo necesario para lograr a corto plazo la autosuficiencia alimentaria, producir en México lo que consumimos.

6. Promover un acuerdo bilateral específico con Canadá para ampliar la contratación de trabajadores mexicanos en ese país y suscribir compromisos para lograr una mayor inversión de las empresas mineras canadienses en México, con salarios justos y cuidado del medio ambiente.

7. Aplicar un programa de apoyo a la inversión, al comercio, a la creación de empleos y el bienestar a lo largo de los 3 000 kilómetros de frontera, que contemple bajar impuestos, reducir el costo de las gasolinas, el diésel, el gas y la electricidad, así como el traslado de las aduanas mexicanas 20 kilómetros de la línea divisoria hacia dentro de nuestro territorio. Ante la posible modificación de aranceles y aumentos de impuestos en Estados Unidos a quienes exportan a ese país, debemos contemplar una zona libre o franca que beneficie a las ciudades fronterizas de México.

8. Diversificar las relaciones económicas y comerciales. Hay que aprender la lección, no se pueden poner todos los huevos en una sola canasta, debemos promover la inversión, el financiamiento y el comercio con todos los países del mundo.

9. Acudir a instancias internacionales, como la Organización Mundial del Comercio, ante posibles modificaciones arbitrarias en impuestos y aranceles que perjudiquen a las empresas instaladas en México.

10. Para financiar el plan de emergencia nacional pondremos a consideración del gobierno federal una estrategia de austeridad republicana que permita ahorrar 360 000 millones de pesos, acabando con la corrupción, con los privilegios de los altos funcionarios y el derroche del gasto público.

Estamos conscientes que no podemos apostar solo a corregir una injusticia desde el extranjero, tenemos que acudir a la comprensión del pueblo estadounidense. Detener el odio promovido por la propaganda en contra de los migrantes. Que no avance, ni en las provincias ni en las grandes ciudades de Estados Unidos, en los hombres nobles y trabajadores de ese pueblo la fobia en contra de nuestros paisanos.

No abandonaremos la tarea de convencer en el interior de Estados Unidos que debemos construir una fraternidad universal, sin muros ni fronteras, más humana y espiritual, con todos los pueblos del mundo.

Con mucho respeto al gobierno y al derecho ajeno, vamos a defender con firmeza la violación indigna de las libertades y nuestra soberanía.



III. Bendita migración

Los Ángeles, California, 12 de febrero de 2017

Desde tiempos inmemoriales, el emigrante ha sido tanto vilipendiado como defendido en las distintas regiones del mundo. En la Biblia textualmente se ordena: “No explotarás al jornalero humilde y pobre, ya sea uno de tus hermanos o un forastero que resida en tus ciudades” (Deuteronomio 24,14), pero, como nos enseña la historia, este principio se viola con frecuencia, y más aún, la persecución a migrantes ha llegado a usarse con propósitos políticos. Así debemos ver lo que está sucediendo en el interior de Estados Unidos de América.

La actual campaña contra migrantes en este país no es solo un asunto de carácter económico, sino, fundamentalmente, de interés político. Un grupo está sacando

provecho del sentimiento nacionalista que permanece aquí y en otras partes del mundo.

Claro que existe un malestar por el desempleo y los bajos ingresos, así como en la Alemania anterior a Hitler había descontento por la inflación.¹ Pero culpar de estas desgracias a determinados grupos sociales o culturales, nacionales o extranjeros, tiene una obvia connotación política.

A Donald Trump y al grupo que lo asesora les ha dado resultado azuzar a integrantes de ciertos estratos de la sociedad estadounidense contra los inmigrantes y, en particular, los de nacionalidad mexicana.

El discurso de odio y la cizaña en contra de los extranjeros le permitió a los actuales gobernantes ganar la presidencia y suponen que van a mantenerse y reelegirse en el gobierno alimentando el odio de unos sectores contra otros.

No debe menospreciarse la capacidad de los actuales gobernantes de Estados Unidos: no son tontos; el discurso pendenciero de Donald Trump obedece a una calculada y fría estrategia política. El contenido, la técnica y la propaganda utilizada se inspiran tanto en la teoría creada en el siglo pasado sobre la defensa del “espacio vital” frente a supuestos enemigos externos como en la exaltación de la superioridad y el patriotismo.

Durante la pasada campaña presidencial se cometió el error de no advertir la eficacia de la estrategia política sustentada en despertar el odio y el nacionalismo. No supieron contrarrestarla. Aunque todavía es tiempo de atender las causas del problema y aminorar los daños, empezando por reconocer que la fobia contra lo externo ha penetrado bastante.

Hace unos días se dio a conocer en varios periódicos el hecho de que una pareja de estadounidenses cenó en un restaurante en Texas y dejó en la nota de pago un mensaje que decía: “La comida fue deliciosa y el servicio fue atento; sin embargo, el propietario es mexicano, no volveremos”, rematando con la frase de Trump: “América es primero”.

Estos astutos pero irresponsables gobernantes neofascistas quieren construir muros para hacer de Estados Unidos un enorme gueto y equiparar a los mexicanos en general y a nuestros paisanos migrantes en particular con los judíos estigmatizados y perseguidos de la época de Hitler.

Por eso, ante semejante barbaridad, no debemos limitar nuestras acciones a la protesta y la denuncia en el ámbito internacional, sino considerar como esencial la labor de información en el interior de Estados Unidos. Aquí mismo hay que hacer frente a la campaña de odio y violación de los derechos humanos. En especial, debemos dirigir toda nuestra atención en hacer ver a los estadounidenses de buena voluntad, que son muchísimos, que están siendo víctimas de la manipulación y el engaño. Es decir, debemos dedicar más tiempo al estadounidense de la provincia y de las pequeñas ciudades, el estadounidense que posee valores cívicos, morales y espirituales, y que, sin embargo, vive en la desesperanza y está siendo envenenado de odio contra los

trabajadores migrantes.

Téngase en cuenta que Trump ganó 2 548 condados, mientras que Hillary Clinton triunfó únicamente en 472, aun cuando estos representen 64% de la actividad económica nacional.

Pero es en los pequeños condados donde hay más afectados por la recesión económica producida en 2008, y en esos lugares no se han recuperado los empleos perdidos en la industria, en la cual se ocupa más la población anglosajona, mientras que en los últimos años los nuevos empleos se han creado básicamente en el sector de los servicios en las grandes áreas metropolitanas, donde se emplea más a los trabajadores latinoamericanos, asiáticos y afroestadunidenses.

Es urgente comunicarnos con la población más golpeada por la recesión económica. Hay que explicarle con argumentos la causa de la crisis que la afecta; debemos hacerles ver que si ellos no tienen trabajo, buenos salarios y bienestar, no es por culpa de los migrantes, sino por el mal gobierno que castiga a los de abajo y a las clases medias, y beneficia únicamente a los potentados; debemos explicarles, por ejemplo, que ante la crisis de 2008 se buscó primero salvar a los organismos financieros en quiebra. Tenemos que hablarles de la mala distribución del ingreso, pues mientras ellos pagan impuestos elevados, los más ricos contribuyen con muy poco.

Hay que informarles también que las fábricas más grandes instaladas en México son de inversionistas o empresarios estadounidenses que exportan mercancías y ganancias a Estados Unidos, y que dejan muy pocos beneficios en empleos e impuestos en nuestro país; que muchas empresas están automatizadas y pueden aumentar la producción sin uso intensivo de mano de obra.

De modo que la generación de empleos aquí no depende únicamente de que las empresas no emigren de Estados Unidos, sino de muchos otros factores. Tal es el caso de nuestro país, donde, a pesar de que se habla del éxito del modelo exportador, la economía ha permanecido estancada durante tres décadas.

El fomento de una economía para las élites no significa ni desarrollo ni creación de empleos. Trump con frecuencia sostiene que Estados Unidos compra más de lo que vende a México, que existe formalmente un déficit de 60 000 millones de dólares. Pero esto no es del todo cierto, porque nuestras exportaciones contienen un alto porcentaje de capital, tecnología e insumos estadounidenses.

En otras palabras, si fuera cierto que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) solamente beneficia a México, nuestra economía no permanecería estancada ni habría migración. En 1970, cuando las exportaciones de México solo representaban 7.8% del PIB, el crecimiento de la economía era de 6.5%, mientras que ahora, cuando las exportaciones significan 35.3% del PIB, la economía solo crece en 2.5%. No somos, por lo tanto, un país que está creciendo con base en la apertura externa, pues

aunque exportamos mucho en valor, también importamos la mayor parte de ese valor.

Estos y otros argumentos deben darse a conocer a la población estadounidense. Esgrimiendo razones podemos convencer a la población afectada por la crisis que sin odios ni rencores es posible construir mejores sociedades en ambos lados de la frontera, con el ideal de la justicia y de la fraternidad universal.

En vez de la hostilidad, lo más conveniente para nuestros pueblos y naciones es el respeto, el entendimiento mutuo y la cooperación para el desarrollo.

Con estas consideraciones convocamos a los académicos e intelectuales estadounidenses, poseedores de valores cívicos, sociales y democráticos, a la elaboración de un plan que recoja ideas que permitan convencer y persuadir a los trabajadores y las clases medias de Estados Unidos de que los migrantes no son sus enemigos, sino sus hermanos, admirables seres humanos que, al igual que los fundadores de esta gran nación, se vieron obligados a salir de sus lugares de origen por necesidad y no por gusto.

Debemos contrarrestar con fundamentos la estrategia de Trump y sus asesores. No con gritos o insultos ni respondiendo a las provocaciones, sino con inteligencia, sabiduría y dignidad, con el método de la no violencia. Esta es una batalla que debemos dar en el terreno de las ideas. Es una lucha contra los que atizan el egoísmo y en defensa de los olvidados, para que no siga creciendo en ellos el resentimiento contra los que no son de su clase, de su nacionalidad o de su religión. Al discurso del odio hay que responderle con el principio espiritual del amor al prójimo.

Incitar al odio contra los migrantes es una forma de atentar contra la humanidad porque nos hicimos humanos caminando.

Nuestros ancestros, los de todos, salieron de África, llegaron a Medio Oriente y Europa, poblaron Asia, y desde allí, los abuelos de las poblaciones primigenias americanas llegaron a este continente.

La migración es el fundamento de las naciones y este gran país es un ejemplo. La fuerza de las culturas vivas está en la suma de todas las influencias, de todas las lenguas, de todas las inteligencias.

Los humanos hemos caminado mucho y hemos poblado casi todo el planeta, pero venimos todos de una misma cuna. Hoy en día reconocemos nuestra historia compartida mediante el valor universal de la fraternidad.

Por eso, cuando se erige un muro para segregar a las poblaciones, o cuando la palabra “extranjero” es utilizada para insultar, denigrar y discriminar a nuestro semejante, se ofende a la humanidad, a la inteligencia y a la historia.

El muro y la demagogia del patriotismo no podrán con el talento y la dignidad del pueblo estadounidense. Apuesto a que, con argumentos, la fuerza de la opinión pública terminará por hacer entrar en razón a quienes, como Donald Trump, optan por el uso de la amenaza y de la fuerza.

Aquí, en el estado de California, refugio bendito de migrantes, recordamos a César Chávez, un luchador social excepcional, que nos enseñó que la libertad no se implora, se conquista. Aquí, desde Los Ángeles, expresamos a todos los mexicanos de este lado de la frontera nuestra más sincera solidaridad activa, comprometida, apasionada y fraterna.

Lo primero no es Estados Unidos ni es América, lo primero es construir, aquí en la tierra, el reino de la justicia y de la fraternidad universal.

Como decía Martin Luther King: “La oscuridad no puede sacarnos de la oscuridad. Solo la luz puede hacerlo. El odio no puede sacarnos del odio. Solo el amor puede hacerlo”.

Notas:

1. Stefan Zweig, en *El mundo de ayer*, escribió: “Hay que recordar siempre que nada exasperó tanto al pueblo alemán, nada lo tornó tan maniático del odio, tan maduro para Hitler, como la inflación”.



IV. Sin migrantes no hay progreso

Chicago, Illinois, 20 de febrero de 2017

Hace unos días, en Los Ángeles, sostuve que la campaña de Donald Trump contra los mexicanos y migrantes de todo el mundo tenía un propósito más político que económico o comercial.

Argumenté que como ganó la presidencia con el discurso del odio y la discriminación, piensa sostener la misma propaganda para mantenerse en el gobierno y lograr la reelección en 2020. Pero en pocos días, en apenas un mes, ha quedado suficientemente demostrado que la estrategia neofascista de culpar a los extranjeros de las desgracias de los estadounidenses es un rotundo fracaso. Primero, porque el empeño de estigmatizar a los mexicanos en una forma semejante a como Hitler estigmatizó a los

judíos es legal, moral y políticamente inadmisibles; y segundo, porque Trump miente al decir que la culpa de que los trabajadores y las clases medias de Estados Unidos no cuenten con empleos, buenos salarios y bienestar la tienen los migrantes y las inequitativas relaciones comerciales con México. En esta región de Estados Unidos, durante la pasada contienda electoral, Donald Trump y sus asesores espantaron con el supuesto de que la industria automotriz se estaba trasladando a México, que se fugaban empleos y beneficios para trabajadores y empresarios de Estados Unidos. Incluso, una vez en la presidencia, Trump llegó a decir que impondría un impuesto de 30% a las exportaciones automotrices procedentes de México. Todo esto es mera demagogia: si se llega a aplicar una política proteccionista semejante, los afectados serían los propios estadounidenses, los consumidores en primer lugar, pero también los empresarios, algunos de los cuales incluso financiaron la campaña de Trump y ahora actúan como sus colaboradores. Empecemos por aclarar que la industria automotriz de Estados Unidos y México está bastante integrada: es cierto que 70% de los vehículos ensamblados en México se exportan al mercado estadounidense, pero 40% de los componentes de esos vehículos se fabrican aquí. Asimismo, la parte de los procesos productivos que se lleva a cabo en México es menos costosa que en Estados Unidos. De modo que el éxito de la industria automotriz de este país depende, en buena medida, de su grado de complementación o integración con el nuestro. En otras palabras, sin las partes o los vehículos hechos en México, para la industria estadounidense sería muy difícil competir con los productos de Europa o Asia. Quizás el ejemplo más ilustrativo se encuentre en el sector de autopartes, en el cual México ocupa el sexto lugar como fabricante mundial. Las exportaciones mexicanas de autopartes cubren 28% del mercado estadounidense; es decir, México es uno de los principales proveedores de arneses, asientos, bolsas de aire, motores, engranes, ruedas de fricción y otras piezas para la industria automotriz estadounidense. Y todos estos componentes se incorporan de manera directa a la línea de producción de vehículos en Estados Unidos. Gracias a ello, el costo final de los automóviles ensamblados aquí se reduce hasta en 5 000 dólares por unidad. Reitero, pues, que sin los procesos productivos que se efectúan en México, la industria automotriz estadounidense no sería competitiva.

Ahora bien: los componentes más importantes en este y otros casos son la juventud, la destreza, la creatividad y la vocación de trabajo de los mexicanos. La participación de los trabajadores en los procesos productivos no es menos importante que la de las empresas. A eso hay que agregar que la mano de obra de los mexicanos no solo es de primera calidad, sino también, desafortunadamente, la peor pagada en el entorno comercial de América del Norte. En el sector de automotores, un obrero en México gana 3.5 dólares por hora, mientras aquí pagan 34 dólares por hora; es decir, diez veces más. Por eso, una

nueva legislación que aumente los impuestos o ponga barreras a los automóviles y autopartes procedentes de México perjudicaría tanto a trabajadores de nuestro país como a los consumidores de Estados Unidos. Es más, una medida de ese tipo afectaría a los propios empresarios de Estados Unidos, empezando por Wilbur Ross, secretario de Comercio del gobierno de Donald Trump.

Según una investigación del periódico *El Universal*, este funcionario es fundador y accionista principal de ocho fábricas de autopartes en México que abastecen de equipos a las principales compañías automotrices de este país. Las plantas de Wilbur Ross en México, que, dicho sea de paso, reciben incentivos fiscales del gobierno de nuestro país, exportan asientos, puertas, bolsas de aire, paneles, consolas, pisos, sistemas eléctricos y acústicos, entre otros componentes para la fabricación de automóviles de Ford, General Motors, Chrysler y otras marcas en Estados Unidos. En fin, en esta materia no habrá ningún cambio importante en la política comercial de Estados Unidos con México. Además, en el caso de que nuestro país se viera perjudicado por medidas proteccionistas, tendría la posibilidad jurídica de acudir a la Organización Mundial de Comercio. Más allá de la amenaza retórica de la revisión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, lo que sí debe importarnos es informar a la población de Estados Unidos que está siendo manipulada en contra de los migrantes, particularmente de los migrantes mexicanos. Es indispensable hacerle frente en todas partes de la unión americana a la campaña de odio a los extranjeros desatada por Trump y sus asesores.

Debe desenmascarse a quienes promueven la insidia y la fobia contra los extranjeros. Es indispensable comunicarnos con los trabajadores y las clases medias de Estados Unidos y explicarles que sus problemas se deben a la mala distribución del ingreso que existe en Estados Unidos, y que ahora, para empeorar las cosas, el poder político está en manos de empresarios que se pronuncian y se caracterizan por pagar la menor cantidad de impuestos posible. Nuestra actuación debe orientarse a hacer conciencia entre los sectores que todavía no se recuperan de la recesión económica de 2008 y que, por su situación precaria y desesperanzada, han sido fácilmente intoxicados por la campaña de odio contra los migrantes y contra México.

Es indispensable recurrir a los buenos sentimientos de los habitantes de esta gran nación para hacerles ver que ni Estados Unidos ni América son primero: que lo primero es construir, aquí en la tierra, el reino de la justicia y de la fraternidad universal para vivir sin muros, pobreza, miedos, temores, discriminación y racismo en todo el mundo. Ante las órdenes de Trump de perseguir a los migrantes, debemos unirnos todos para presentar en foros internacionales denuncias por violación de derechos humanos, recordando que el gobierno de Estados Unidos se comprometió en la ONU a respetar y

cumplir la Declaración Universal de Derechos Humanos, que en su primer artículo dice: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”. Aquí en Chicago, como lo hicimos en Los Ángeles, expresamos toda la solidaridad a nuestros paisanos que han venido a Estados Unidos a ganarse la vida honradamente y contribuir al desarrollo económico y el engrandecimiento cultural de este país. El mismo apoyo manifestamos a todos los migrantes del mundo.

No debemos olvidar la significación histórica de esta ciudad en las luchas de los trabajadores de Estados Unidos y de todo el mundo. Hace 130 años, ocho obreros, migrantes en su mayoría, fueron injustamente procesados por exigir de manera pacífica el derecho a la jornada de ocho horas; a cinco de ellos se les sentenció a la pena capital. Todos los historiadores contemporáneos coinciden en que eran inocentes de los delitos que les fueron imputados, que los juicios fueron una farsa, que las ejecuciones fueron un escarmiento dirigido a desalentar a quienes luchan por sus derechos legítimos y que se creó contra ellos un clima social de linchamiento, no muy distinto al que ahora intentan producir los actuales gobernantes contra los migrantes en este país. Sobre los mártires de Chicago, José Martí escribió unas palabras que bien pueden aplicarse a la inmensa mayoría de quienes se ganan el pan fuera de sus países de origen: “Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas”. Con este sentimiento defendemos a los migrantes de ahora, ciudadanos del mundo, trabajadores honestos, buenos, ejemplares. En nombre de muchos mexicanos, libres y conscientes, venimos a decirles con toda sinceridad que no están solos. En estos momentos aciagos sepan, todas y todos, que nada ni nadie podrán impedir que triunfe la causa de la justicia y de la fraternidad universal.

Trump no podrá con la bondad del pueblo de Estados Unidos. No podrá impedir el derecho a la esperanza.

No podrá triunfar frente a la justicia y al espíritu humanitario. No podrá con la fuerza de la razón y de la opinión pública.

¡Vivan los mártires de Chicago! ¡Vivan los migrantes!

¡Viva el pueblo de México! ¡Viva México!



V. Nuestro proyecto de desarrollo

El Paso, Texas, 6 de marzo de 2017

Es para mí un motivo de dicha estar en El Paso, Texas, la ciudad de Estados Unidos más entrañable para México. A unos cientos de metros de aquí, del otro lado del río, se refugió por cerca de un año el presidente Benito Juárez y su gabinete para mantener la lucha en defensa de la soberanía nacional. Más tarde, otro héroe mexicano, Francisco I. Madero, apóstol de la democracia, encabezó desde esa misma ciudad fronteriza, que lleva el nombre del Benemérito, a los revolucionarios que derrotaron a la dictadura porfirista.

El Paso, Texas, es de las ciudades más antiguas de Estados Unidos; se fundó desde la época colonial española. Perteneció a México y, luego, con la independencia de Texas, se anexó al territorio de la unión americana. Aquí, en El Paso y en Ciudad Juárez, es donde se encuentran más entrelazadas las dos naciones. Los mexicanos y estadounidenses de esta región fronteriza están unidos de manera indisoluble por la historia, la cultura, el trabajo, el comercio y la amistad.

Por eso es un contrasentido que un grupo político de Estados Unidos apueste a la separación mediante la propaganda del odio y del nacionalismo a ultranza. Es cierto que

la campaña de fobia contra migrantes y mexicanos le funcionó a Donald Trump para ganar la presidencia, pero no le servirá, como se está demostrando, para mantenerse con popularidad en el gobierno y lograr la reelección.

Es indudable que en Texas, como en otros estados de la unión americana, existe un sector de la población con pensamiento conservador y racista. Pero en esta misma zona fronteriza se mantienen costumbres y relaciones afines entre pobladores de origen mexicano, migrantes, anglosajones, afroestadunidenses y todas las otras representaciones de la humanidad que habitan aquí.

Sin embargo, hay crecientes muestras de que la insidia racista y el odio contra los extranjeros ha penetrado en la conciencia de muchos estadunidenses. Hay testimonios de cómo han crecido en los últimos tiempos el maltrato y la xenofobia en varios condados y ciudades de Texas y Nuevo México.

Por eso, lo más importante frente a esta nueva circunstancia debe ser dirigirnos, más que a nadie, a los estadunidenses. Debemos exponer, ante quienes han sido víctimas de la manipulación, la perversidad de ese afán por culpar de sus problemas a los extranjeros y, en particular, a los mexicanos.

En este lado de la frontera hay que decir a los cuatro vientos que es un disparate la consigna de Estados Unidos primero o de América primero, porque lo primero debe ser, en cualquier lugar del planeta, la justicia y la fraternidad universal.

Debemos explicar con argumentos que los males económicos que padecen los trabajadores, granjeros y empresarios de Estados Unidos no son responsabilidad de los migrantes ni de México, sino del mal gobierno, los privilegios y la mala distribución del ingreso que predomina en este país tanto como en el nuestro. Hay que exponer ante quienes le han creído a Trump y ante quienes votaron por él que es inmoral y absurdo tratar con desprecio a los mexicanos y que, en vez de tensar y deteriorar las relaciones entre nuestros dos países y sus pueblos, debe alentarse el respeto mutuo y procurar la cooperación para el desarrollo.

No debemos descartar, incluso, la posibilidad de convencer a Donald Trump de su equivocada política exterior y, en particular, de su despectiva actitud contra los mexicanos y nuestra nación.

Estamos dispuestos a poner sobre la mesa, en su momento, nuestro programa de desarrollo para impulsar el crecimiento, generar empleos y garantizar el bienestar, y así enfrentar de manera conjunta las causas que originan la migración, la inseguridad y la violencia. Repetimos: no es con muros ni con el uso de la fuerza como se resuelven los problemas sociales, sino con desarrollo y bienestar.

Lo más humano y eficaz para reducir el flujo migratorio es rescatar el campo, apoyar a los sectores productivos, crear empleos y mejorar los salarios de los trabajadores en México. Y más temprano que tarde eso se logrará porque, independientemente de lo que

resuelva el gobierno de Estados Unidos, pronto, muy pronto, vamos a terminar con el principal problema de México: la corrupción. Eso, al mismo tiempo, nos permitirá liberar muchos recursos para mejorar las condiciones de vida y de trabajo en nuestro país.

El nuevo gobierno democrático mantendrá siempre una actitud respetuosa hacia el gobierno de Estados Unidos, pero haremos valer nuestra autoridad soberana. En primer término, defenderemos, sin ningún condicionamiento, el derecho de nuestros connacionales a ganarse la vida en cualquier lugar del mundo con su trabajo honrado. Adelanto que en poco tiempo los consulados de México en Estados Unidos se ocuparán por completo de la defensa de nuestros paisanos. Para efectos prácticos, se convertirán en auténticas procuradurías para la defensa de los migrantes.

Insisto: buscaremos establecer una relación bilateral con Estados Unidos fincada en la cooperación para el desarrollo. Defenderemos a los migrantes, pero, al mismo tiempo, aplicaremos una política económica para generar empleos y garantizar a los mexicanos trabajo y bienestar en sus lugares de origen, donde están sus familiares, costumbres y cultura.

Vamos a impulsar el desarrollo regional de México, de sur a norte, con la puesta en práctica de proyectos para retener a la población en sus pueblos, ampliando oportunidades de trabajo y bienestar.

Así, por ejemplo, vamos a sembrar un millón de hectáreas de árboles maderables y frutales en el sureste; se desarrollará, aún más, el turismo en el Caribe y en las zonas arqueológicas de las culturas olmeca y maya; se construirán dos grandes refinerías en la costa del Golfo de México para dejar de importar las gasolinas y bajar los precios de los combustibles; se creará un corredor económico y comercial en el istmo de Tehuantepec, ampliándose los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos, donde se construirá una línea férrea para trenes de carga y contenedores, y se aprovechará la ubicación estratégica y la cercanía, en esta franja del territorio, entre el Pacífico y el Atlántico.

En todo el país se fijarán precios de garantía para los productos del campo a fin de detener la emigración y lograr la autosuficiencia alimentaria; asimismo, se impulsará la industria de la construcción para crear empleos, realizar las obras públicas que se necesitan (camino, hospitales, escuelas, vivienda, introducción de servicios) y reactivar la economía desde abajo, a partir de los pueblos y de las regiones de México.

Habrá un crecimiento económico horizontal en todo el país, no solo en pequeños islotes, como ha venido sucediendo en los últimos 30 años, y fomentaremos el desarrollo en el lado mexicano de la frontera.

Quiero decirles que a lo largo de los 3 185 kilómetros de frontera con Estados Unidos se creará una zona libre o franca para promover la inversión, el desarrollo productivo y tecnológico, así como la creación de empleos.

Esta será la última cortina para retener a trabajadores en nuestro territorio. A lo largo de los 3 185 kilómetros, en una franja de por lo menos 20 kilómetros de ancho, se aplicará un programa de estímulos fiscales a la inversión productiva; se reducirán los precios de los combustibles y de la energía eléctrica y se aumentarán los salarios de los trabajadores.

Les explico por qué: desde la época posterior a la invasión estadounidense de 1848 y, en particular, por la terrible crisis que produjo la pérdida de la mitad del territorio de nuestro país, un gobernador de Tamaulipas, Ramón Guerra, emitió en 1858 un decreto para autorizar la primera zona libre fronteriza en ese estado de la República; luego, en 1884, durante el Porfiriato, el presidente Manuel González amplió la zona libre desde Matamoros hasta Tijuana, pasando por Coahuila, Chihuahua, Sonora y el entonces territorio de Baja California, considerando una distancia de 20 kilómetros de ancho desde la línea divisoria con Estados Unidos. En ese entonces, en 1888, creció el comercio y se creó Ciudad Juárez. Más tarde, en la época posrevolucionaria, en 1933, el presidente Abelardo Rodríguez hizo lo mismo y esta medida fue refrendada para el caso de Baja California y Sonora por todos los presidentes posteriores, hasta que, en 1993, Salinas de Gortari ordenó suspender los apoyos fiscales a la zona fronteriza. Cabe decir que mientras se mantuvieron en vigor las políticas de fomento, en esa región limítrofe hubo crecimiento y se generaron empleos. El terrible deterioro social y la crisis de violencia delictiva que se padecen en la actualidad en la frontera y en todo nuestro país se deben al fracaso del modelo económico neoliberal que implicó cancelar la política de fomento al campo y produjo pobreza y migración forzada, es decir, la expulsión de los mexicanos de sus lugares de origen.

Por eso, vamos a restablecer la zona libre o franca a lo largo de toda la frontera de Estados Unidos. El plan contempla, entre otras medidas y acciones, las siguientes:

1. Se van a recorrer las aduanas mexicanas hacia el sur de 20 a 100 kilómetros de la línea divisoria.
2. En la zona libre o franca se reducirá el impuesto sobre la renta (ISR) a 20 por ciento.
3. El impuesto al valor agregado (IVA) será de 8% en promedio, la mitad de lo que se cobra en la actualidad. Específicamente, en las ciudades fronterizas de México se aplicará la misma tasa impositiva que en el lado estadounidense. Es decir, en los límites con California, 8.5; en Arizona, 8.2; en Nuevo México, 7.5, y en la frontera con Texas, 8.2 por ciento.
4. Se reducirán impuestos especiales a la producción y servicios (IEPS) para establecer tarifas y precios iguales a los de Estados Unidos en gasolinas, diésel y energía eléctrica.
5. En toda la zona libre se aumentará el salario mínimo a cuando menos el doble de lo estipulado en la actualidad. Se trata de un asunto de justicia y sin riesgo de inflación

porque habrá, como lo hemos dicho, reducción del IVA y de precios de energía, de tal manera que al subir el salario y bajar otros precios, el nivel general de precios quedaría igual o incluso podría bajar. Además, el propósito es alcanzar gradualmente la homologación entre los salarios en esa franja de México con los de Estados Unidos. Recordemos que actualmente un obrero que labora en una planta ensambladora automotriz del lado mexicano gana de 3.5 a 4 dólares por hora, mientras que un trabajador de la industria automotriz de este lado recibe 34 dólares por hora, o sea, de 8 a 10 veces más.

6. En todas las ciudades de la zona libre fronteriza de México se llevará a cabo un plan de desarrollo urbano integral que incluirá el ordenamiento del uso de suelo, la introducción de agua, drenaje, la pavimentación de calles, vivienda, la construcción de guarderías, unidades deportivas, espacios culturales, escuelas, hospitales y otras obras y servicios.

Iniciaremos este plan en 2018, junto con todo el proceso de transformación de México. De aquí a entonces estaremos aplicando el programa de información a la población estadounidense sobre lo irracional de la campaña contra México y dando prioridad a la protección de los migrantes ante la injusta persecución del gobierno de Donald Trump.

Quiero recordar que los migrantes no son las únicas víctimas en esta región. En la ribera sur del río Bravo vive una población martirizada por la delincuencia que generó la política económica oficial, pero también por las estrategias de seguridad absurdas que el gobierno aplicó para combatir los frutos de sus propias acciones. En años recientes vimos cómo un problema policial era escalado hasta convertirlo en una “guerra” que acabó cobrando miles de vidas y que no resolvió absolutamente nada. El saldo es trágico: en 10 años, de 2007 a 2016, ha habido 208 000 asesinatos y más de un millón de víctimas de la violencia.

Desde los últimos años del salinato se desató en Ciudad Juárez el horror de los feminicidios, un horror que hoy se extiende a buena parte del país. Cientos de mujeres han sido asesinadas a poca distancia de aquí con saña brutal, ante la indolencia y la corrupción de autoridades municipales, estatales y federales. La gran mayoría de estas muertes permanece impune y los funcionarios no se preocupan ni siquiera por identificar los cuerpos.

Mujeres, migrantes y ciudadanos, jóvenes en su mayoría, despojados de un lugar en el mundo, no deben seguir siendo víctimas de la violencia ciega causada, en gran medida, por una política económica que, en esta frontera, más que en cualquier otro sitio, merece el adjetivo de criminal.

Así lo dijo el papa Francisco, hace poco más de un año, cuando anduvo por estas

tierras:

Uno de los flagelos más grandes a los que se ven expuestos los jóvenes es la falta de oportunidades de estudio y de trabajo sostenible y redituable que les permita proyectarse, y esto genera en tantos casos, tantos casos, situaciones de pobreza y marginación. Y esta pobreza y marginación es el mejor caldo de cultivo para que caigan en el círculo del narcotráfico y de la violencia.

Son hermanos y hermanas que salen expulsados por la pobreza y la violencia, por el narcotráfico y el crimen organizado. Frente a tantos vacíos legales, se tiende una red que atrapa y destruye siempre a los más pobres. No solo sufren la pobreza, sino que, además, tienen que sufrir todas estas formas de violencia. Injusticia que se radicaliza en los jóvenes, ellos, “carne de cañón”, son perseguidos y amenazados cuando tratan de salir de la espiral de violencia y del infierno de las drogas. ¡Y qué decir de tantas mujeres a quienes les han arrebatado injustamente la vida!

Pero dijo, también, ante organizaciones de trabajadores y representantes empresariales, estas palabras de esperanza:

Siempre hay posibilidad de cambio, estamos a tiempo de reaccionar y transformar, modificar y cambiar, convertir lo que nos está destruyendo como pueblo, lo que nos está degradando como humanidad.

Sigamos luchando para lograr una sociedad mejor. Podemos reconstruir un país que defienda con dignidad a sus ciudadanos en el exterior y podemos, sobre todo, rediseñarlo para erradicar las carencias que expulsan y destruyen a sus ciudadanos. Podemos transformar la zozobra y el dolor que aquejan a esta frontera en una zona limítrofe próspera y pacífica. El futuro de México está en nuestras manos.

Los invito a unirnos para que hoy mismo empecemos a construir desde este río Bravo hasta el Usumacinta, un país libre, justo y democrático, sin corrupción ni violencia. Una patria nueva, sin odios, esclarecida y fraterna.



VI. El muro de la muerte

Phoenix, Arizona, 7 de marzo de 2017

El desierto que se extiende hacia el sur de esta ciudad es un inmenso cementerio. Ahí han quedado miles y miles de mexicanos y de latinoamericanos que intentaron cruzarlo y que murieron de calor, de sed, de frío o de hambre. Así hablaba de este desierto Miguel Méndez, nacido aquí, en Arizona, de padres mexicanos, migrantes de Sonora:

Allá va la procesión.
Pisa campos cadavéricos
al son de cánticos
humillados.
La tierra se traga a la tierra.
¿Qué mundo es este
que entierra a sus niños en la alborada?

Un hombre ejemplar, el poeta y novelista Miguel Méndez. A los 14 años se ganaba el pan en estas tierras como albañil y jornalero, acabó como profesor emérito de la Universidad de Arizona y nos dejó una obra que es parte fundamental de las literaturas chicana, mexicana y estadounidense. Murió acá, en Tucson, hace unos años, y me ha parecido importante empezar este mensaje con un reconocimiento a su memoria.

El páramo tiene una aridez natural, pero es la crueldad humana la que lo vuelve

mortal. Desde que el presidente Bill Clinton ordenó bardear antiguos pasos fronterizos como Tijuana o El Paso, los migrantes no tuvieron otro camino que cruzar un desierto lleno de peligros.

Las bardas construidas a fines del siglo pasado y el reforzamiento de la vigilancia fronteriza no detuvieron la migración. Solo la hicieron mucho más peligrosa de lo que era.

Los viajeros siguieron enfrentando los riesgos de los polleros desalmados, de los delincuentes que acechan en el camino, de la Patrulla Fronteriza y hasta de milicias civiles que practicaban el deporte atroz de la cacería de migrantes. Y además tuvieron que hacer frente a la travesía del desierto.

En esta región del mundo la muerte acecha a los migrantes viajeros indocumentados como en el Mediterráneo, pero los grandes medios no prestan la misma atención que la que ponen a los trágicos naufragios que ocurren allá. Aquí se vive una tragedia humanitaria por goteo, indetenible y más silenciosa.

Desde luego, quienes se aventuran por esta zona no obedecen a un impulso suicida ni temerario; simplemente, hay una economía que los expulsa contigua a una economía que los necesita.

Los malos gobernantes mexicanos han tenido el cinismo de presentar como natural el destierro económico de millones de compatriotas; en lugar de preocuparse por crear empleos y dar a la población condiciones dignas de trabajo, educación, salud y vivienda, han impulsado esta enorme migración que aquí se convierte en una verdadera catástrofe humanitaria. Hasta les parece normal que las remesas que estos trabajadores desterrados envían a sus lugares de origen se hayan convertido en una de las principales fuentes de divisas de México.

Y de este lado de la frontera puede percibirse la hipocresía de una economía sedienta de mano de obra barata, en la que se legisla para endurecer la persecución a los migrantes, fortificar la frontera común y multiplicar las deportaciones. La verdad es que hasta ahora los gobiernos de Estados Unidos no tenían el propósito de impedir la entrada de trabajadores extranjeros, sino de regularla a voluntad, dependiendo de la demanda de empleo. En realidad, la política migratoria de Estados Unidos ha sido una válvula para abrir o cerrar a conveniencia la llegada de fuerza de trabajo.

La persecución de Trump contra los migrantes es mera demagogia electorera; ya le sirvió para engañar y azuzar a muchos ciudadanos estadounidenses con la historia de que los mexicanos les estaban quitando sus empleos, y ahora pretende seguir explotando esa mentira para quedarse ocho años en la Casa Blanca. Pero él sabe perfectamente que la economía de Estados Unidos no puede sostenerse sin trabajadores migrantes porque la clave de la competitividad de la agricultura, la industria y los servicios estadounidenses frente a Europa y Asia la constituyen precisamente los bajísimos salarios que estos

reciben.

La pretensión de construir un muro de océano a océano, no a lo largo de la línea fronteriza, obedece, pues, a esta lógica hipócrita. Si llega a erigirse, ese muro no va a contener el tránsito de trabajadores de un país a otro; simplemente lo hará mucho más peligroso de lo que ya es, y por eso es claro que se trata de una idea criminal.

La historia nos enseña que ninguna muralla es un factor relevante de defensa. No lo fue la de Troya ante los aqueos ni la de Jerusalén frente a los ataques de Saladino; no lo fue la Muralla China para prevenir las invasiones de los mongoles y no lo fue la Línea Maginot construida en la frontera franco-alemana antes de la Segunda Guerra Mundial. Menos lo sería ese muro con el que amenaza Trump, porque al sur de Estados Unidos no existe enemigo alguno, sino un país saqueado por malos gobernantes, por gobiernos deshonestos que han dejado a millones sin otra posibilidad de subsistencia que buscar una perspectiva de vida en otras tierras.

De modo que en su frontera sur Estados Unidos no tiene amenaza visible ni algo de qué defenderse, y el muro de Trump no tendría nada de defensivo; sería, por el contrario, una obra opresiva como el Muro de Berlín y excluyente como la enorme cerca construida por Israel para encerrar a los palestinos. Pero sería, sobre todo, una construcción propagandística para engañar a los trabajadores estadounidenses empobrecidos por el neoliberalismo y a los ciudadanos que se sienten temerosos por la criminalidad; de esa forma se les haría sentir que el gobierno hace algo para defender sus empleos y garantizar su seguridad; y sería, también, una forma de dar oportunidades para que ciertas empresas de la construcción realicen negocios astronómicos.

No dejo de subrayar que la posible construcción del muro de la ignominia impediría el libre tránsito de miembros de las culturas indígenas, yaquis, pápagos y de otros pueblos, dueños originarios de estas tierras limítrofes entre Sonora y Arizona.

Como lo escribió nuestro gran novelista Carlos Fuentes, “cuando excluimos, perdemos. Cuando incluimos, ganamos, y jamás reconoceremos nuestra propia humanidad si antes no la reconocemos en los demás”.

Rechazamos la erección de ese monumento a la hipocresía y a la crueldad porque no queremos más familias separadas ni queremos que se acumulen más huesos en el desierto de Arizona. Debemos vincularnos con los sectores de este gran país que repudian la persecución contra los migrantes, que repudian las cercas opresivas y excluyentes, y que fueron educados con las sabias palabras del gran poeta estadounidense Robert Frost:

Debo saber, antes de hacer un muro,
qué es lo que encierro, qué se queda afuera
y a quién puedo con ello hacerle daño.

Aunque estemos en una región muy dominada por el conservadurismo, no debemos dejar de recurrir a los buenos sentimientos de los pobladores de los condados de Arizona. La conciencia se adquiere a partir de la información sobre la realidad y de momentos de lucidez y racionalidad. El ser humano no es malo por naturaleza; si se le impulsa a la reflexión y a la empatía, actúa con inteligencia y descubre su bondad interior.

Todos los seres humanos somos poseedores de conciencia con diversos niveles de desarrollo. No debe pensarse, como sostuvieron por siglos los opresores, que solo ellos eran hombres de “ciencia y conciencia”, lo cual fue utilizado para tratar de legitimar infamias como el sometimiento, la sobreexplotación y la esclavitud.

Está demostrado que por diversas circunstancias –condiciones de pobreza, ignorancia, manipulación y otras causas– los seres humanos tardamos en identificar el sentido superior de la existencia, el cual trasciende, va más allá de la satisfacción de nuestras necesidades materiales. Pero nunca es tarde, siempre es posible que de un momento a otro nuestra conciencia despierte y surja la necesidad de preguntarnos: “¿para qué quiero la vida?”.

Y a partir de este íntimo cuestionamiento puede brotar de cada individuo lo mejor de sí mismo. Es el momento en que por alguna circunstancia, ya sea una información recibida o una buena o mala experiencia, se produce en lo personal una especie de declaración de independencia frente a la dictadura de nuestros irracionales e inhumanos instintos, y ante las muchas mentiras que hemos aprendido como si fueran verdades.

Con estas certezas debemos insistir en convencer a los estadounidenses que están cegados por el odio contra los migrantes y que desprecian a sus semejantes sin motivo o razón, solo por prejuicios raciales, de clase, religión o cultura.

Debemos hablar y hablar con quienes fueron engañados por Trump hasta hacerlos reflexionar sobre lo inhumano que implica levantar un muro para cerrar a Estados Unidos y convertirlo en un gueto absurdo. Hay que hacerles ver que se trata de un atentado contra la libertad, la justicia, los derechos humanos y la fraternidad universal, y de una negación a los valores fundacionales de este país. Tenemos que explicar, además, que ese muro grotesco no resolverá ninguno de los problemas que pretende resolver, aunque sí producirá mucho sufrimiento. Hemos de recordar que la paz y la tranquilidad, aquí y en México, como en cualquier otra parte del mundo, no son frutos del uso de la fuerza, sino de la justicia.

Toquemos el corazón de los estadounidenses; hay que recordarles que la verdadera felicidad no reside en la acumulación de bienes materiales, títulos o fama, ni se obtiene con prepotencia, sino con el bienestar del alma, es decir, estando bien con nosotros mismos, con nuestra conciencia y con el prójimo.



VII. Nueva York y la libertad

La libertad es uno de los valores que definen, por excelencia, a esta gran ciudad, fundada y desarrollada por hombres y mujeres que huían de alguna clase de opresión o de intolerancia. Aquí llegaron los holandeses huyendo de la persecución religiosa y los independentistas irlandeses. Esta ciudad dio cobijo a los afroestadunidenses que escapaban de la esclavitud en el sur, a los judíos perseguidos de siempre en Europa, a los italianos que veían en esta tierra los signos de una vida más próspera. Aquí buscó refugio el gran José Martí para organizar la lucha por la libertad de Cuba. Y desde aquí escribió:

La libertad es la religión definitiva. Y la poesía de la libertad, el culto nuevo. Ella aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y la seductora bondad del universo.

Aquí habrían de desembarcar los perseguidos por el fascismo y hasta aquí llegaron, en tiempos más recientes, asiáticos, latinoamericanos y africanos amenazados en sus lugares de origen por la peor de las opresiones, que es la opresión del hambre.

La tradición libertaria de Nueva York era ya una realidad hace más de un siglo,

cuando la República Francesa regaló a Nueva York la Estatua de la Libertad para que, desde este horizonte, diera la bienvenida a los inmigrantes de todos los rincones de la Tierra. El monumento era, además, un gesto de reafirmación de los valores republicanos en una Francia aún acosada por los intentos de restauración monárquica y un símbolo planetario de la fraternidad que nos debemos los humanos.

Del ejercicio de la libertad por millones de individuos surgió el otro valor que da rostro a esta urbe: el de la pluralidad y la tolerancia, el de la convivencia pacífica y fértil entre personas de distintas etnias, ideologías, religiones y colores. En esta isla coexisten los sonidos de decenas de idiomas y esa diversidad lingüística, lejos de condenar a sus hablantes a la incomprensión, los ha llevado al entendimiento. El mundo reconoció esos principios fundadores de la urbe al establecer, aquí, la sede principal de la Organización de Naciones Unidas.

Por eso, paisanos, a pesar de los pesares, celebro que ustedes y cientos de miles de mexicanos estén viviendo y trabajando en esta ciudad que ha sido, es y seguirá siendo, un santuario de libertad y tolerancia.

Sin embargo, no debemos olvidar que están aquí por necesidad, como exiliados. Ustedes, como muchos otros compatriotas, han sido víctimas de la llamada política neoliberal que se viene imponiendo en nuestro país desde hace más de 30 años, y que ha empobrecido a nuestro pueblo para satisfacer la ambición de una pequeña minoría dedicada al saqueo y la corrupción.

En los tiempos del neoliberalismo o neoporfirismo creció la migración porque, en este mismo periodo, la economía de México ha permanecido estancada, se abandonó el campo, se dejaron de crear empleos, aumentaron el hambre y la pobreza, y se desataron la inseguridad y la violencia. La migración es la prueba más clara y dolorosa del carácter excluyente del modelo neoliberal.

Ustedes están aquí porque en vez de padecer en nuestro país o de tomar el camino de las conductas antisociales, decidieron emprender un éxodo en busca del bienestar y la prosperidad. Gracias a ello, ahora ustedes ayudan a sus familiares y esas remesas de dinero, que suman más de 24 000 millones de dólares al año, sostienen, en buena medida, la economía de México.

En esta paradójica y amarga realidad, mezcla de heroísmo y desdicha, ustedes deben ahora enfrentar una nueva circunstancia: la amenaza y la persecución de migrantes anunciada por Donald Trump. Y este es el principal motivo de nuestra visita. Venimos a expresarles nuestro más absoluto apoyo y solidaridad. Hemos emprendido esta gira por la unión americana para defender a migrantes, mexicanos y de otras latitudes, ante la campaña de odio promovida por el nuevo gobierno estadounidense.

Lo he dicho en otros lugares y lo repito ahora: es una canallada que Trump y sus asesores se expresen de los mexicanos como Hitler y los nazis se referían a los judíos,

justo antes de emprender la infame persecución y el abominable exterminio.

También estamos convencidos de que se trata de una estrategia demagógica y electorera, que si bien les sirvió a Trump y a los suyos para hacerse con la presidencia, no les permitirá ni afianzarse en el gobierno ni mucho menos lograr la reelección.

Pero, además, es absurdo querer cerrar este gran país a los extranjeros porque se ha construido con el esfuerzo de hombres y mujeres de todo el mundo. Sin los migrantes, Estados Unidos no podría competir industrial y comercialmente con Asia o con Europa. Es más, gracias al trabajo y talento de quienes han llegado de otras latitudes, Nueva York ha superado a Londres como centro financiero mundial, y a París como cuna de movimientos artísticos.

No obstante, la campaña de odio contra mexicanos y extranjeros está calando en sectores conservadores y debe ser contrarrestada con argumentos de índole económica y social y, sobre todo, con la invocación del principio universal de la fraternidad.

Hay que aclarar a los trabajadores y empresarios estadounidenses que si ellos están padeciendo por problemas económicos, no es por culpa de los migrantes. Las crisis, aquí y en el resto del mundo, se deben, en lo fundamental, a la mala distribución del ingreso y de la riqueza.

Hay que convencer y persuadir a los estadounidenses manipulados por la campaña de Donald Trump de que lo de “Estados Unidos primero” es una falacia; que por encima incluso de las fronteras nacionales están la justicia y la fraternidad universal.

Debemos emprender acciones dirigidas a concientizar a estadounidenses de buenos sentimientos que han sido engañados por la campaña de desprecio hacia mexicanos y extranjeros; vamos a contrarrestar la siembra de odio con información que producirá y difundirá nuestro movimiento en todos los estados de la unión americana.

También hemos venido a Nueva York para entregar una denuncia ante la oficina de Derechos Humanos de la ONU por la campaña de odio contra los mexicanos, y por las órdenes emitidas por Trump para iniciar la construcción del muro en la frontera y endurecer la persecución de migrantes de diversas nacionalidades.

Pero la razón más importante de este viaje y de este encuentro es decirles que en México estamos luchando para acabar con la corrupción y la impunidad, y que con ello vamos a lograr el renacimiento de nuestro país.

Con un gobierno democrático y honesto, ustedes y millones de migrantes podrán decidir libremente si se quedan aquí o regresan a México, donde tendrán garantizado el trabajo, el bienestar y la seguridad.

Nuestro país y nuestro pueblo están pasando por un mal momento, pero la crisis será transitoria y tendrán que venir tiempos mejores. México tiene muchos recursos naturales y un pueblo bueno y trabajador. Solo falta, y está por llegar, un buen gobierno, democrático, justo y honesto.

En estos tiempos de adversidad, cuando la opresión gobierna en ambos lados del río Bravo, ustedes resisten y siguen contribuyendo con su trabajo, sus cualidades y sus principios, al desarrollo de los dos países. Por eso quiero repetirles, con un espíritu de lucha pacífica y una convicción fraterna entre todos los humanos, lo que el general Ignacio Zaragoza dijo a los mexicanos que se aprestaban a defender a su país frente a los invasores franceses: “Tenemos ante nosotros al mejor ejército del mundo, pero vamos a triunfar porque ustedes son los mejores soldados de la patria”.

No perdamos la esperanza ni la certeza de un mejor futuro. Los mexicanos somos herederos de culturas milenarias y de grandes civilizaciones. Nos hemos sobrepuesto a vasallajes e invasiones, hemos derrotado dictaduras y hemos sido constructores de grandeza. Muy pronto recuperaremos el país y México los recuperará a ustedes.



VIII. El silencio cómplice del gobierno de Peña Nieto

Nueva York y Washington, D.C., 14 y 15 de marzo de 2017

Al día siguiente de la reunión con migrantes en Nueva York teníamos una entrevista con el alto comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la cual se suspendió por una tormenta de nieve. No obstante, se entregó en su oficina un escrito de protesta por la campaña de odio contra los mexicanos y por las órdenes emitidas por Donald Trump para iniciar la construcción del muro en la frontera y endurecer la persecución de migrantes de diversas nacionalidades.

Esta denuncia debía presentarla el gobierno mexicano desde el primer momento en que se tomaron estas medidas arbitrarias que violan la Carta de Derechos Humanos que suscribieron y ofrecieron cumplir todos los gobiernos, incluido el de Estados Unidos. Sin embargo, el régimen que encabeza Enrique Peña Nieto, carente de toda autoridad moral y política, o bien, debido al chantaje que habrían podido ejercer sobre él diversas dependencias de Washington, ha permitido la insolencia y el ultraje del mandatario de

Estados Unidos en contra de nuestros connacionales.

Señor Andrew Gilmour,

Secretario general adjunto de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y titular de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos en Nueva York

P r e s e n t e

Respetable señor Gilmour:

Como es del conocimiento del mundo entero, el pueblo de México enfrenta una grave crisis económica, de bienestar social, inseguridad y violencia.

Este proceso de degradación progresiva se produjo como consecuencia de la imposición del modelo neoliberal surgido del llamado “Consenso de Washington”. Desde entonces, un pequeño grupo de mexicanos y extranjeros se ha dedicado a saquear y a despojar a la inmensa mayoría del pueblo de sus bienes, de su presente y de su futuro.

A esta minoría rapaz no le importa el desarrollo del país; el gobierno a su servicio ha cometido graves omisiones y se han acumulado grandes rezagos: en los últimos 30 años la economía de México es de las que menos han crecido en el mundo; se abandonó la política de fomento al campo; se dejaron de crear empleos y se desatendió por completo a los jóvenes, a los cuales se les ha negado el derecho a la educación y al trabajo. Esto explica, en gran medida, el resentimiento social y el estallido de violencia que desde hace años aqueja a mi país.

En medio de esta crisis, obligados por las circunstancias, millones de mexicanos han emprendido un interminable y doloroso éxodo por los desiertos para cruzar la frontera a fin de ganarse la vida con su trabajo honrado en Estados Unidos.

Por si fuese poco, ahora, los millones de mexicanos que fueron expulsados de nuestro país por las privatizaciones y la falta de empleo, y que emigraron para mitigar su hambre y su pobreza, están siendo víctimas de la política de odio y discriminación promovida desde la campaña presidencial por el ahora presidente Donald Trump y su equipo de asesores.

Es un hecho que las órdenes dictadas por el mandatario de Estados Unidos para construir un muro en la frontera y perseguir a los migrantes en este país violan, en diversos aspectos, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, documentos fundamentales de la legalidad internacional y referentes obligados de las legislaciones nacionales de los Estados miembros de la ONU, incluido Estados Unidos de América.

En virtud de lo anterior, y dado que la subordinación del presidente Enrique Peña

Nieto a los dictados estadounidenses equivale a una total ausencia de gobierno en México, venimos a solicitarle que tenga como presentada esta queja y la eleve a las instancias correspondientes para que se emitan las recomendaciones, necesarias y urgentes, contra el gobierno de Estados Unidos por violación de diversos derechos humanos y por prácticas de discriminación racial.

No debemos olvidar que un titán de las libertades, el presidente Franklin Delano Roosevelt, promotor de la creación de la Organización de las Naciones Unidas, proclamó cuatro de los principios fundamentales que luego habrían de ser codificados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos: la libertad de palabra, la libertad de culto, el derecho a una vida sin miseria y el derecho a vivir sin miedo.

Es pertinente contrastar, con estos antecedentes, el tremendo retroceso que significan la política de odio y la exaltación del chovinismo que caracterizan al presidente Donald Trump y a su equipo de colaboradores.

Todos los seres humanos del mundo debemos alzar la voz y enfrentar el racismo, la segregación, el autoritarismo y la expresión más siniestra de este, propia de nuestro tiempo, el neofascismo.

La Estatua de la Libertad no debe quedar como un símbolo vacío, ni la ONU como un mero aparato burocrático o un hermoso edificio de vidrio.

Andrés Manuel López Obrador
Presidente Nacional de Morena



24 Abril 2017

Estimado Sr. López Obrador,

Le quiero agradecer su carta, recibida el pasado 15 de marzo, en la cual Usted comparte sus preocupaciones con respecto a la situación en México y sobre las nuevas políticas de Estados Unidos en el ámbito de migración. Debido a la tormenta de nieve, las Naciones Unidas se vio obligada a cerrar sus oficinas ese día, por lo cual lamentablemente no pudimos reunirnos.

El Alto Comisionado ha expresado en numerosas ocasiones su preocupación sobre los derechos de las personas migrantes. Por ejemplo, en su mensaje en ocasión de la ceremonia de la firma del Acuerdo de Actividades entre su Oficina y el Gobierno de México el 22 de febrero, resaltó el peligro de la creciente tendencia global a la criminalización, detención y deportación de las personas migrantes e invitó a los países a rechazar el vilipendio y la estigmatización de los migrantes, así como mostrar un ejemplo de liderazgo.

En su discurso del 8 de marzo ante el Consejo de Derechos Humanos, el Alto Comisionado volvió a lanzar el mismo mensaje, solicitando que los Estados Miembros respeten los derechos de los refugiados y las personas migrantes. El Alto Comisionado también subrayó la necesidad de un mayor liderazgo para hacer frente al reciente aumento de la discriminación, el antisemitismo y la violencia contra las minorías étnicas y religiosas. Particularmente, resaltó que la demonización de grupos enteros alimenta actos xenófobos.

Con respecto a la posibilidad de elevar sus preocupaciones a otras instancias del sistema universal, existen otros mecanismos que pueden recibir sus preocupaciones, incluidos los órganos de tratados relevantes y los mecanismos especiales del Consejo de Derechos Humanos.

Aprovecho la oportunidad para extenderle mis cordiales saludos.

Atentamente,

Andrew Gilmour

Assistant Secretary-General for Human Rights

El 15 de marzo llegamos a Washington para formalizar la denuncia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos. El escrito, elaborado por el abogado Netzaí Sandoval Ballesteros, contó con el respaldo de 11 880 firmas de ciudadanos mexicanos y estadounidenses de todos los sectores, religiones y corrientes del pensamiento; lo suscribieron, entre otros, el padre Alejandro Solalinde, la defensora de derechos humanos Nestora Salgado, la escritora Elena Poniatowska, el filósofo Enrique Dussel, Marco A. Palau, John Burroughs (New York City), Joshua Paulson (Top Criminal Defense Attorney in New York), John Ackerman (UNAM), Guadalupe Correa-Cabrera (Universidad de Texas), Gerardo Otero (Simon Fraser University), Mark Weisbrot (codirector CEPR in Washington, D.C.), Alexander Main (CEPR), William I. Robinson (University of California-Santa Barbara), Greg Grandin (Member of the American Academy of Arts and Sciences, New York University), Miguel Tinker-Salas (Pomona College, Claremont, CA), Manuel Becerra (UNAM), Jaime Cárdenas Gracia (UNAM), Claudia Mendoza Antúnez (UNAM), Francisco Aureo Acevedo Castro (Instituto Mexicano para la Justicia), Juan Antonio Araujo Riva Palacio (Instituto Mexicano para la Justicia), Javier Quijano Baz (Quijano, Cortina y De la Torre Abogados), Julio Scherer Ibarra, Manuel Fuentes Muñiz, Yeidckol Polevnsky, Héctor Díaz Polanco, Armando Bartra, Epigmenio Ibarra, Genaro David Góngora Pimentel (ministro en retiro de la SCJN), Loretta Ortiz Ahlf (Ibero) y José Luis Caballero Ochoa (Ibero).

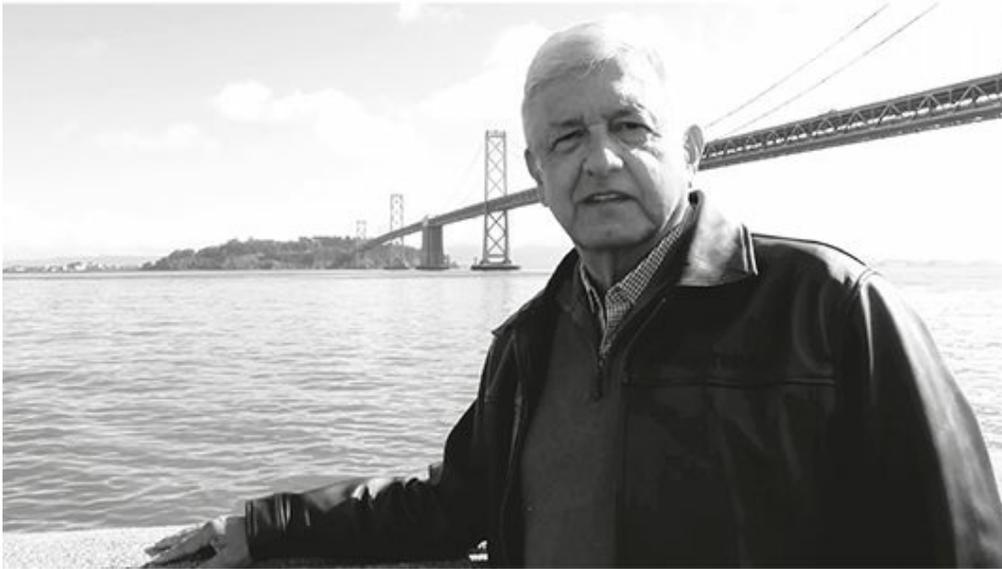
La denuncia tiene por objetivo combatir en instancias internacionales las dos órdenes ejecutivas emitidas el 25 de enero por el presidente Trump, denominadas “Mejorar la seguridad pública en el interior de los Estados Unidos” y “Mejoras en la seguridad fronteriza y en la inmigración”, puesto que violan la presunción de inocencia, desconocen el derecho de asilo, ignoran el debido proceso, omiten las protecciones relativas a los niños migrantes, poseen un contenido discriminatorio, homologan delitos graves con faltas menores, fomentan la expulsión colectiva de extranjeros sin atender a las condiciones particulares de cada caso y atropellan el *Jus Cogens*.

Adicionalmente, dichas órdenes convierten a los extranjeros en “extraños deportables” sin necesidad de que hayan sido siquiera acusados de haber cometido un delito, es decir, sin que existan cargos en su contra, pues basta con que un oficial de inmigración considere que en el pasado pudieron haber cometido alguna conducta ilícita.

La instancia a la que acudimos puede intervenir decididamente en el caso y otorgar medidas cautelares. Estados Unidos de América está sujeto a las obligaciones que impone la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre de acuerdo con la Carta de la OEA, el Estatuto de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en su artículo 20 y el reglamento de este órgano en su artículo 51. Finalmente, Estados Unidos

está sometido a la jurisdicción de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos desde 1959.

En el pasado, el Estado mexicano ha tomado acciones legales en forma proactiva, buscando la protección de sus nacionales; por ejemplo, haciendo valer su derecho de asistencia consular. En este sentido se condujeron litigios ante la Corte Internacional de Justicia y se solicitaron opiniones consultivas a la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Ante la actual postura pasiva e inoperante del gobierno mexicano, somos los ciudadanos independientes de las dos naciones quienes hemos tomado la decisión de defender en el terreno legal a los migrantes de México y el mundo.



IX. El gobierno de Estados Unidos: candil de la calle y oscuridad de la casa

San Francisco, California, 20 de marzo de 2017

Hemos venido aquí para manifestar nuestro apoyo y solidaridad a mexicanos y migrantes que padecen de acoso y discriminación, pero el propósito de esta visita es también hacer conciencia, en la medida de nuestras posibilidades, entre los sectores conservadores de Estados Unidos que, víctimas de la manipulación, piensan que sus males son causados por los extranjeros.

En estos momentos en que la propaganda gubernamental azuza a unos contra otros y explota con irresponsabilidad el patriotismo, el chovinismo y el odio, nuestro deber es aclarar que los problemas económicos y sociales, en Estados Unidos y en el mundo, se producen casi siempre por la corrupción política, la impunidad, el uso faccioso del gobierno y la mala distribución del ingreso y de la riqueza.

El caso de Estados Unidos es muy ilustrativo de cómo el simple progreso material no necesariamente genera mejores condiciones de vida y de trabajo. La economía de este país es, por mucho, la más grande del mundo. Sin embargo, en el índice de calidad de vida correspondiente a 2016 Estados Unidos aparece en el lugar número 13, por debajo de Irlanda, Suiza, Noruega, Luxemburgo, Suecia, Australia, Islandia, Italia, Dinamarca, España, Singapur y Finlandia.

En cuanto a las 30 ciudades con mejor calidad de vida, 18 de ellas se encuentran en Europa, seis en Oceanía, cuatro en Canadá, una en Asia y una (precisamente esta, San Francisco) en territorio estadounidense.

Es claro que en este país hay un déficit social muy importante. Ello se expresa en forma cruda en los 45 millones de pobres que existen en Estados Unidos, cerca de un 15% de su población.

Por eso es lamentable que en lugar de proponerse una reducción de la pobreza y la desigualdad social, el gobierno de Estados Unidos responsabilice a México y los mexicanos por sus problemas sociales. En vez de construir muros, perseguir migrantes y usar la fuerza, sería más humano y más eficaz contar en todo el mundo con buenos gobiernos y procurar mejores niveles de bienestar.

Este es el espejo en que debería verse la vida pública de Estados Unidos. No repartir culpas a diestra y siniestra, sino empezar por aceptar que algo anda mal cuando una enorme potencia económica y tecnológica mantiene a su pueblo en niveles de bienestar y desarrollo por debajo de otras naciones, y a un sector de ella por debajo del nivel de pobreza.

Algunos datos: en pobreza, Estados Unidos ocupa el lugar 36 entre los países del mundo; en corrupción, alcanza el 18. Es una de las sociedades con mayor desigualdad. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el salario promedio en Estados Unidos es menor que en Luxemburgo, Holanda, Australia, Bélgica, Alemania, Francia, Nueva Zelanda, Irlanda, Inglaterra, Canadá y Japón. El Foro Económico Mundial coloca a Estados Unidos en el lugar 16 con respecto a la calidad educativa, y la ONU le otorga el sitio 28 en salud.

A ello ha de agregarse que en este país no existe, como en otros, progresividad en el pago de impuestos. Proporcionalmente hablando, contribuyen más los trabajadores y los integrantes de las clases medias que las grandes corporaciones industriales, comerciales y financieras, y que hay aquí potentados que evaden el pago de impuestos. En este aspecto, Estados Unidos es el país que pierde la mayor cantidad de dinero (337 000 millones de dólares al año) por evasión fiscal.

Además, aquí se privilegia el gasto armamentista. El presupuesto de Defensa del gobierno de Washington es de 522 000 millones de dólares al año, lo que supera el gasto armamentista conjunto de China, Rusia, Arabia Saudita, Reino Unido, Francia, Alemania, Japón, India e Israel, según cifras del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS).

Ahora Donald Trump está proponiendo al Congreso un gasto militar de 574 000 millones de dólares, es decir, un incremento de 10%, mientras que el presupuesto a la vivienda se reduce 14%; transporte, 13%; educación, 14%; salud, 16%; justicia, 20%; agricultura, 21%; trabajo, 21%; programas de desarrollo, 29%, y medio ambiente, 31 por

ciento.

Esto explica, en mucho, por qué hay mayor calidad de vida en Irlanda, Noruega, Suecia, Islandia, Dinamarca, Italia o España que en Estados Unidos, por qué los sistemas de salud pública de esas naciones son notablemente superiores al estadounidense, y por qué aquí se ha deteriorado tanto el estado de bienestar. Esto permite comprender también por qué en este país no existe el derecho a la educación pública gratuita en todos los niveles escolares.

Luego entonces, ¿por qué en vez de culpar a los migrantes no se habla con la verdad y, lo más importante, por qué no se cambia la actual política económica para dar prioridad a las necesidades materiales y espirituales de los habitantes de esta gran nación?

La historia misma de San Francisco muestra hasta qué punto es posible una transformación social orientada por el afán de un mundo mejor.

No es casual que sea esta la única ciudad estadounidense que figura entre las 30 con mejor calidad de vida en el mundo. Y significativamente, la ciudad debe su nombre a Francisco de Asís, el diácono que rechazó la opulencia material y consagró su vida a la búsqueda del bienestar verdadero.

Pero aunque San Francisco es una ciudad plural y muy humana, un auténtico santuario de la libertad y la tolerancia, no dejemos de hacer conciencia entre quienes han sido manipulados por la campaña que busca estigmatizar a mexicanos y extranjeros en general. Caminemos hacia el ideal de un mundo sin discriminación ni fronteras en el que reinen la justicia, la paz y la fraternidad.

Cuando hablamos de bienestar no solo nos referimos a la satisfacción de necesidades materiales, sino también al fortalecimiento de principios sociales, morales y espirituales.

Ciertamente, nadie puede ser feliz sin trabajo, alimentación, vivienda y servicios de salud. Toda persona en situación de pobreza se ve obligada a resolver su subsistencia antes de ocuparse de tareas políticas, científicas, artísticas o espirituales.

Pero el sentido de la vida no debe reducirse únicamente a la obtención de los satisfactores materiales; no debemos reducir nuestra existencia a la posesión y la acumulación de bienes. “No solo de pan vive el hombre”, reza el refrán, y un individuo sin apego a una doctrina o a un código de principios no necesariamente logra la felicidad. En algunos casos, triunfar a toda costa, sin escrúpulos morales, conduce a una vida vacía y deshumanizada. De ahí que debe buscarse siempre el equilibrio entre lo material y lo espiritual: procurar que a nadie le falte lo indispensable para la sobrevivencia, y cultivar los mejores sentimientos y actitudes hacia nuestros semejantes.

Al gran poeta José Martí le resultaban “abominables los pueblos que, por el culto de su bienestar material, olvidan el bienestar del alma, que aligera tanto los hombros humanos de la pesadumbre de la vida, y predispone gratamente al esfuerzo y al trabajo”.

Tengo la convicción de que los problemas que aquejan a México y Estados Unidos se

resolverán en la medida en que los gobiernos de ambos países se consagren a superar la desigualdad, la pobreza y la corrupción en sus respectivos territorios, y que entonces, más temprano que tarde, veremos el surgimiento de una era de libertad y de fraternidad en los dos lados de la frontera.



X. Los refugiados de la violencia

Laredo, Texas, 28 de marzo de 2017

La historia de Laredo es fascinante. Se trata de la ciudad más mexicana de Estados Unidos. Laredo se fundó desde la época colonial; es tan antigua como El Paso y San Antonio. Antes de que llegaran colonos anglosajones, estas tierras de Texas se encontraban pobladas por rancheros y migrantes de origen mexicano. Al igual que en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, predominaban las familias de apellido Garza, González, Salinas, Benavides, Cadena, Treviño, Elizondo, Longoria, Rodríguez, Martínez, Hinojosa, entre otras. Luego de la invasión estadounidense y del despojo de más de la mitad de nuestro territorio, aquí, en Laredo, se registró uno de los episodios más conmovedores de la historia de México. Por el gran zarpazo y por los tratados impuestos, en 1848 la frontera dejó de ser el río Nueces, más al norte, y se movió hacia el sur, hasta el río Bravo. De modo que Laredo, ubicado de este lado del río, pasó a formar parte de Estados Unidos.

Sin embargo, los pobladores de Laredo se revelaron porque querían seguir perteneciendo a México. Como parte de su resistencia, la población de esta ciudad convocó a un plebiscito, el cual ganaron con amplia mayoría los que se negaban a cambiar de nacionalidad. Seguramente esgrimían lo que ahora dice el corrido de Los Tigres del Norte: “Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó”. Pero Estados Unidos no reconoció los resultados de la consulta, y para defender su libertad y su nacionalidad, 17 familias de Laredo decidieron trasladarse a vivir al otro lado del río Bravo para fundar Nuevo Laredo, México. Se cuenta que se llevaron hasta a sus muertos. Lo cierto es que los lazos familiares y de amistad continuaron intactos entre los pobladores de ambos lados del río Bravo. Durante mucho tiempo la frontera fue imaginaria, inexistente. Es más, en 1858, Ramón Guerra, gobernador de Tamaulipas, emitió el primer decreto para convertir toda la franja fronteriza del lado mexicano en zona franca o libre de pago de impuestos.

Con el paso del tiempo, Laredo siguió siendo la casa de los mexicanos. Esta ciudad que nos resultaba tan próxima y tan propia se convirtió en refugio de revolucionarios mexicanos. En los tiempos del Porfiriato, según el historiador José Valadés, Laredo era un “hervidero de los enemigos del régimen porfirista”. Aquí estaba refugiado el doctor Ignacio Martínez, que publicaba el periódico *El Mundo*, hasta que pistoleros de Porfirio Díaz y Bernardo Reyes lo asesinaron frente a la estación de ferrocarril Texas-Mexican. Aquí llegó perseguido por la dictadura porfirista otro periodista ejemplar, Paulino Martínez. En esta zona se organizó la guerrilla de Catarino Garza Rodríguez, quien convocó a tomar las armas 18 años antes de que lo hiciera Francisco I. Madero. Por aquí entraron a Estados Unidos los hermanos Flores Magón, Camilo Arriaga, Santiago de la Hoz y Juan Sarabia para publicar el periódico *Regeneración*. Por aquí pasó Madero cuando salió de la cárcel de San Luis Potosí para reunirse con sus seguidores en San Antonio y organizar desde este lado de la frontera la Revolución Mexicana.

En fin, Laredo ha sido la ciudad de los encuentros y siempre ha existido tolerancia y protección para luchadores sociales, periodistas y políticos opositores. Por eso estamos seguros de que aquí impactará muy poco la estrategia política de Donald Trump contra migrantes y mexicanos. De todas maneras, por la solidaridad histórica de esta ciudad, quisimos terminar aquí la primera gira de apoyo a nuestros connacionales. En dos meses, sin dejar de recorrer los pueblos de México, visitamos Los Ángeles, Chicago, El Paso, Phoenix, Nueva York, Washington, San Francisco y, ahora, Laredo.

Aquí queremos abordar los lamentables casos de quienes han debido refugiarse en Estados Unidos por la violencia desatada en nuestro país. Se puede probar que desde hace 30 años, cuando comenzó a aplicarse la llamada política neoliberal, léase privatizaciones, abandono del campo, estancamiento económico, desempleo, desatención a los jóvenes, aumento de la desigualdad y predominio de la corrupción, se originó la actual crisis de inseguridad y violencia.

Esta política caracterizada por el saqueo y el pillaje solo ha dejado tres alternativas a millones de mexicanos: sobrevivir en la economía informal, emigrar a Estados Unidos o tomar el camino de las conductas antisociales.

La mayoría optó por buscar un medio de vida honesto, pero fueron cientos de miles, sobre todo jóvenes, los que no tuvieron más alternativa que ingresar a alguna de las modalidades de la criminalidad. Ese es el origen de la crisis de inseguridad y de violencia que ahora padece el país.

Con un Estado que se desentendía de sus obligaciones para con la población, los grupos criminales tomaron el control de grandes zonas del territorio nacional, adquirieron un enorme poder económico y llevaron el terror, la extorsión y la muerte.

Se inició de esa forma una nueva oleada de refugiados. Ya no solo se exiliaron en Estados Unidos los que buscaban mitigar el hambre y la pobreza, sino también las víctimas del miedo y el terror. En el norte del país, pueblos enteros se vaciaron de habitantes ante el desamparo total frente a la delincuencia. Muchos han tenido que huir porque no tuvieron otra forma de negarse a ser reclutados por los cárteles. Otros se vieron obligados a escapar después de perder a uno o varios miembros de la familia por la violencia delictiva.

En diversos estados, el simple hecho de presentar una denuncia o de enemistarse con un delincuente son motivos suficientes para tener que abandonar el sitio de residencia. El número de refugiados por la inseguridad ha crecido como nunca en el periodo neoliberal.

No es fácil encontrar cifras confiables porque las autoridades son renuentes a abordar el asunto de los desplazados y porque en muchos casos estos no denuncian su situación por temor a represalias. La Comisión Nacional de Derechos Humanos dijo, en mayo del año pasado, que tenía registrados 35 344 casos, de los que 60% correspondía a Tamaulipas. La Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) afirmó que, entre 2009 y 2014, al menos 236 800 personas huyeron de sus hogares debido a la amenaza de la inseguridad. Laura Rubio, investigadora del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), ha dicho que hay al menos 281 000 habitantes en esa situación.

Según un informe de la Coalición Pro Defensa del Migrante, entre 2013 y 2016 el refugio “Madre Asunta”, en Tijuana, recibió a 1 106 mujeres que trataban de conseguir asilo en Estados Unidos porque sus vidas peligraban en sus lugares de origen o de residencia en México.

Un estudio de la Universidad de Siracusa, Nueva York, afirma que entre 2005 y 2010 las autoridades estadounidenses recibieron unas 2 400 peticiones de asilo de mexicanos, y que en el quinquenio siguiente, 2011-2016, el número de esas peticiones saltó a 12 000. Pero solo una pequeña parte de quienes se refugian en este país de la violencia y la

inseguridad que padece México acuden a pedir asilo formal, de modo que el número total debe de ser mucho mayor.

En fin, es evidente que la declaración de “guerra” de Calderón a la delincuencia, y su decisión absurda y criminal de recurrir al uso indiscriminado de la fuerza militar, empeoraron la situación e incrementaron la violencia, la inseguridad y la zozobra. Es claro, también, que el actual gobierno ha sido incapaz de tomar distancia de esa política contraproducente y estúpida. Los resultados de esa estrategia fallida son conmovedores: en 10 años de Calderón a la fecha, han sido asesinados 210 000 seres humanos y suman más de un millón las víctimas de la violencia.

Indigna que los gobiernos neoliberales y las élites del poder ni siquiera aceptan que la pobreza y la falta de oportunidades de empleo y bienestar originaron el presente estallido de odio y resentimiento. Y, como es obvio, tampoco les importa atender las causas del problema. Por el contrario, en una especie de enajenación autoritaria, pretenden resolverlo con medidas coercitivas, enfrentando la violencia con la violencia, como si el fuego se pudiese apagar con el fuego y con la absurda pretensión de corregir el mal sin hacer el bien.

Por eso sostenemos que la solución a la violencia y la inseguridad que padece nuestro país debe construirse sobre dos ejes: el combate a la corrupción desde los niveles más altos y el cumplimiento efectivo de los derechos al trabajo, a la educación, a la salud, a la vivienda, al deporte y a la cultura. Si el gobierno sigue apostando a la fuerza, en vez de erradicar la violencia, va a seguir multiplicándola. En lugar de destinar presupuestos cada vez mayores a la compra de armamento, debemos destinar esos recursos a la generación de empleos, a la construcción de centros de educación superior y la promoción del bienestar. Solo de esta forma será posible atacar el problema de raíz y lograr un país seguro y pacífico; solo así podremos restaurar el Estado de derecho en todo el territorio nacional.

Así como es justo y necesario garantizar en México el derecho al trabajo y al bienestar, debemos ofrecer la posibilidad de retorno a quienes han debido escapar de la confrontación armada, la ilegalidad y la delincuencia. Debemos asegurarnos de que nadie se vea obligado a emigrar de su sitio de residencia porque su vida está en peligro.

Es para mí un motivo de orgullo que nos acompañe Elena Poniatowska, la mejor escritora de México, no solamente por su talento literario, sino por su inmensa bondad y profundo amor al pueblo.

Termino diciéndoles que, a pesar de los pesares, en México hay un movimiento de mujeres y hombres libres que más temprano que tarde haremos realidad los sueños de justicia, dignidad, libertad, fraternidad, democracia y soberanía.

Epílogo

Los migrantes, motor de crecimiento de un país

Elena Poniatowska

A los mexicanos se nos cayó la cara de vergüenza cuando el expresidente Vicente Fox declaró en los años 80 que era motivo de orgullo que las remesas de nuestros migrantes enviadas de Estados Unidos fueran la segunda fuente de ingresos en nuestro país. Lo que muchos consideramos un fracaso, para él era motivo de regocijo.

Si hubiese trabajo en México, nadie se habría ido. Si los funcionarios del gobierno no confundieran el servicio público con [un medio para su enriquecimiento] personal, los mexicanos más pobres no tendrían que irse. Si la corrupción no se hubiera tragado a los sucesivos gobiernos, por lo menos la canasta básica estaría al alcance de todos. Si en México el salario mínimo fuera el mismo que el de Estados Unidos, siete dólares con 25 centavos por hora, nadie tendría que irse. El mal gobierno considera que un sueldo mínimo de cuatro dólares por día (80 pesos) es aceptable en México, lo cual es una enorme vergüenza. No sucede en ningún país del mundo excepto en África, cuyas hambrunas han espantado al mundo entero. Ojalá y todos leyéramos *El hambre*, del gran Martín Caparrós. Es asombroso pensar que los ministros de la Suprema Corte de la Nación olviden el artículo 123 constitucional, que dice que toda persona tiene derecho al trabajo digno y socialmente útil. ¿Qué trabajo digno se paga con cuatro dólares al día? El ministro presidente de nuestra Suprema Corte mexicana recibe al mes 650 000 pesos, lo cual, dividido en 30 días, representa 21 000 pesos diarios. Otros ministros reciben 500 000 pesos (o sea, medio millón al mes y 17 000 al día), además de las prestaciones habituales que gozan todos los funcionarios mexicanos.

Los expresidentes Vicente Fox, Felipe Calderón y Luis Echeverría reciben una pensión de 205 112 pesos. Las viudas de presidentes reciben una pensión de 101 718 pesos durante el primer año, que va disminuyendo un 10% cada año hasta recibir solo la mitad de la cantidad inicial. Además, cada expresidente puede heredar su pensión a dos cónyuges; la primera recibe 101 718, y la segunda, 81 494 por año. Felipe Calderón conserva la escolta del Estado Mayor Presidencial para él y su familia, y todos vimos con asombro cómo se levantaban las mansiones de la “colina del perro” de José López

Portillo.

El fenómeno de la migración de México se inició hace más de medio siglo. Todos migramos en busca de mejores condiciones de vida. De la Patagonia a Alaska han subido miles de familias que anhelan encontrar la tierra prometida. Alguna vez, viajeros venidos de Europa y América del Sur consideraron que México era un paraíso. Un campesino de Tijuana, don Crispín, me contó que hace 150 años, su abuelo, su padre y él se mantuvieron bien de cuidar jardines en San Diego, y que para él, ir y venir entre los dos países era cosa de minutos. “¡Qué frontera ni qué frontera! Sembrábamos, podábamos el pasto de los jardines del otro lado, arreglábamos rosales y ya para las seis de la tarde estábamos en mi casa que es la suya. Todos íbamos y veníamos como Pedro por su casa”.

Los 72 inmigrantes asesinados en San Fernando, Tamaulipas, México, en agosto de 2010, que provenían de Centro y Sudamérica, son un ejemplo reciente de la suerte que corren los indocumentados. Cuerpos de hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, brasileños, mexicanos fueron apilados y encontrados a la intemperie. Sabemos ahora que los Zetas fueron los asesinos.

A costa de su vida, los latinoamericanos siguen abandonando su país y subiendo a pie o en tren, y ahora en lancha, a Estados Unidos, expuestos a bandas criminales que, en el norte de México y en la frontera, pretenden reclutarlos para el crimen organizado. El tren “La Bestia” ilustró mejor que cualquier otro fenómeno el racismo, el desprecio, el abandono de los países con menos recursos o menos presencia en el concierto de las naciones. Ahora el tren se convirtió en embarcación, los migrantes remontan en lancha el Usumacinta y atraviesan la selva lacandona para llegar a Tenosique, Tabasco. En Tenosique suben al tren para llegar a Coatzacoalcos y así alcanzar la frontera. Claro, caben menos que en el tren, 15 o 20 a lo sumo, y corren también grandes riesgos, no tanto el de acabar mutilados, sino el de morir ahogados porque también los “polleros” cobran bien y los tratan como a mercancía humana.

Es inmensa la tragedia de quienes intentan llegar al “paraíso” de Estados Unidos. El padre Alejandro Solalinde –nuestro candidato al Premio Nobel de la Paz– dice que lo que más preocupa a nuestros sucesivos gobiernos NO es la suerte de los migrantes, sino la suspensión de las remesas. Zacatecas, entre otros estados, vive íntegramente de las remesas de sus migrantes. Si cesaran, todo el estado –uno de los más bellos de la república mexicana– se paralizaría. Como lo dice Jacques Rogozinski, los inmigrantes están cada vez más capacitados para competir en la economía mundial porque son los primeros en luchar por salir adelante. “Una nación de inmigrantes es una nación de emprendedores”.

Hoy, el nuevo presidente de Estados Unidos pretende levantar un muro entre su país y el nuestro. Ya 3 185 kilómetros de frontera (una de las fronteras más largas del mundo) habían sido cercados en varios tramos con un muro levantado por Estados Unidos, y el

que intentara saltarlo lo hacía a riesgo de su vida. El 24 de marzo de 2017 los noticieros nos anunciaron que Trump no pudo anular el Obama Care (el sistema de salud para todos que impulsó Barack Obama). Es muy posible que sufra de nuevo una humillante derrota política cuando le sea negada la construcción de su famoso muro. Tal vez nuestros hijos y nietos puedan visitarlo como los viajeros del mundo entero visitan la Muralla China, una reliquia cultural del continente asiático.

Así como Estados Unidos, México es un país amigo de migrantes y de opositores de conciencia. Lázaro Cárdenas así lo quiso y recibió a los republicanos de la Guerra Civil de España en 1939. Antes le había abierto los brazos a Trotsky y a Natalia, y ahora sus nietos y bisnietos se han convertido en México en grandes médicos, poetas, historiadores. Esteban Volkov, su nieto (quien padeció los dos asaltos a la casa en la avenida Río Churubusco), hoy dirige el Museo-casa de León Trotsky en Coyoacán, en la misma casa en la que sus abuelos lo protegieron de los tiros de los atentados, al aventarlo pecho a tierra. Su bisnieta, la doctora Patricia Volkov Fernández –una verdadera eminencia–, es jefa del Departamento de Infectología en el Instituto Nacional de Cancerología. Su hermana Verónica es una gran poeta, la que mejor ha escrito sobre la obra de Francisco Toledo. Lo mismo pasa con los hijos de Mariana Frenk y los de sus hermanos que dieron a luz a médicos reconocidos, como el exjefe de Salubridad Julio Frenk. Así, muchos mexicanos tienen apellidos asiáticos, como el del doctor Kumate, o húngaros, como el de Frida Kahlo; franceses, irlandeses, checos, rumanos, hasta el de origen alemán de Enrique Graue Wiechers, rector de nuestra máxima casa de estudios, la Universidad Nacional Autónoma de México, y el del actual director del Instituto Nacional de la Nutrición, el excelente médico David Kershenobich, hijo de Jacobo y Flora, oriundos de Europa oriental.

Sí, don Crispín, se dolería al saber que ya no es bienvenido. Para él jamás existió el miedo y la persecución en la frontera, pero sus hijos y sus nietos y bisnietos saben cuál es el significado de la muerte, porque en 2012 hubo 777 muertos, 652 por insolación, persecuciones e incluso balazos de la Border Patrol, y en años sucesivos los mexicanos más pobres no solo han muerto a la mitad del río, sino que en 2015 fueron 240 y 319 en 2016 por las mismas causas, aunque no se sabe exactamente la fecha en que murieron porque entre ellos hay muchos desaparecidos. Según datos oficiales, en 2016 Estados Unidos deportó a 147 000 migrantes.

Estados Unidos es el país que más migrantes recibe. En 2010 fueron 43 millones legales y 10 millones ilegales. A Estados Unidos le sigue Rusia y luego Alemania. En 2016 la población indocumentada fue de 11 millones.

Finalmente, quisiera decirles que los miles de mexicanos que repetimos desde hace ya 12 años: “Es un honor estar con Obrador” seguiremos haciéndolo porque queremos seguir vivos y porque deseamos que todos los mexicanos se vayan a dormir habiendo

comido más o menos lo mismo. Si AMLO logra cerrar la brecha entre ricos y pobres, será un gran presidente. Nada es tan importante en nuestro país como despertar las conciencias a través del amor, la educación la salud y, sobre todo, a través de lo que propone nuestro Peje (Andrés Manuel López Obrador), quien al decir “Primero los pobres” abarca no solo a los mexicanos, sino a todos los que atraviesan México a todos los migrantes cuya vida ha peligrado al tratar de encaramarse a “La Bestia” y ahora al navegar por el Usumacinta sin ahogarse.

Acerca del autor

ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR. es licenciado en Ciencia Política por la UNAM. Desde 1976 ha participado social y políticamente en la lucha por la democracia. Fue dos veces candidato a gobernador de Tabasco. De 2000 a 2005 fungió como Jefe de Gobierno del Distrito Federal.

En 2006 y 2012 fue el candidato de izquierda a la Presidencia de la República en cuestionados procesos electorales. Actualmente es presidente del comité ejecutivo nacional de Morena.

Entre sus libros publicados destacan: *Los primeros pasos: Tabasco 1810-1867; Del esplendor a la sombra (La República Restaurada; 1867-1876)* y *Tabasco: víctima del fraude electoral*; así como *Entre la historia y la esperanza; Fobaproa: expediente abierto; Un proyecto alternativo de nación; Contra el desafuero; La mafia que nos robó la presidencia; La gran tentación: el petróleo de México; La mafia que se adueñó de México... y el 2012; No decir adiós a la esperanza; Neoporfirismo hoy como ayer*; y, bajo el sello de editorial Planeta, *El poder en el Trópico, Catarino Erasmo Garza Rodríguez: ¿revolucionario o bandido?* y *2018: la salida.*

Diseño de portada: Genoveva Saavedra García
Fotografía de portada: REUTERS / Ringo Chiu
Fotografías de interiores: Cortesía del autor
Diseño de interiores: Mónica Díaz Robles

© 2017, Andrés Manuel López Obrador

Derechos reservados

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: junio de 2017
ISBN: 978-607-07-4266-8

Primera edición en formato epub: junio de 2017
ISBN: 978-607-07-4264-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- ☞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ☞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ☞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ☞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ☞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

Índice

Portadilla	2
Índice	3
Introducción	4
Pólogo	6
I. La noche de la elección	20
II. El primer día de gobierno de Trump	21
III. Bendita migración	25
IV. Sin migrantes no hay progreso	30
V. Nuestro proyecto de desarrollo	34
VI. El muro de la muerte	40
VII. Nueva York y la libertad	44
VIII. El silencio cómplice del gobierno de Peña Nieto	48
IX. El gobierno de Estados Unidos: candil de la calle y oscuridad de la casa	54
X. Los refugiados de la violencia	58
Epílogo	62
Acerca del autor	66
Créditos	67
Planeta de libros	68